



# HISTORIAS DE INMIGRANTES: DOLOR, FE, TRABAJO Y RECONSTRUCCIÓN



TESTIMONIOS REALES  
DE VALOR, ESPERANZA  
Y RESILIENCIA



DR. ALEXANDER FIGUEREDO

# HISTORIAS DE INMIGRANTES

## Dolor, fe, trabajo y reconstrucción

**Relatos de valor, esperanza y resiliencia de quienes lo perdieron todo y volvieron a empezar**

**Dr. Alexander Jesús Figueredo Izaguirre · RP #108356**

*Edición Limitada 2027*

---

*Contenido de carácter testimonial y educativo. Aborda temas sensibles — pérdida, migración forzada, duelo y salud emocional— con el propósito de acompañar, no de dañar. No constituye asesoría médica, psicológica, legal ni migratoria. Si su lectura remueve heridas, al final del libro encontrarás una nota con recursos de ayuda.*

---

## **Una nota necesaria antes de empezar**

Este no es un libro de cifras. Las cifras ya las conoces: medio millón de personas cruzando una selva en un solo año, miles de negocios naciendo de la nada, millones de manos sosteniendo a este país desde abajo. Los números no lloran ni rezan ni se levantan a las cuatro de la mañana. Las personas, sí.

Las historias que vas a leer están **tejidas a partir de la realidad**: de lo que he escuchado en salas de espera y en cocinas prestadas, de lo que he leído y buscado, de lo que vi con mis propios ojos cruzando el Darién y de lo que viví al llegar sin nada a este país. Para proteger la identidad y la dignidad de las personas, **he cambiado los nombres y los detalles que pudieran identificarlas, y en algunos casos he reunido varias vidas en un solo relato**. Ninguna historia señala a una persona concreta.

Pero quiero ser claro contigo: lo que aquí se cuenta **es verdad**. La selva es verdad. El duelo es verdad. El padre que muere al otro lado del mar y al que no pudiste enterrar es verdad. El primer cheque, la primera renta, el primer hijo graduado: verdad. Cambié los nombres para cuidar a la gente, no para inventar el dolor. El dolor no hace falta inventarlo.

Te pido solo una cosa: que no leas esto como un espectador. Léelo como lo que probablemente eres —alguien que también cruzó algo, dejó algo, perdió algo— o como alguien que ama a quien lo hizo. Porque estas páginas, en el fondo, hablan de ti.

## **Dedicatoria**

A los que se fueron y no llegaron.

A los que llegaron y dejaron media alma en el camino.

A los que limpian, cargan, cosechan, cuidan y construyen este país mientras nadie los mira, y mandan a casa el dinero que aquí les costó la espalda y la juventud.

A mi Cuba, que me dolió tanto que tuve que irme, y que tanto amo que volveré el día que seas libre.

Para ustedes, que son los verdaderos autores de este libro. Yo solo presté la pluma.

## **Prólogo: lo que no se cuenta**

Hay una pregunta que el inmigrante aprende a no hacerse en voz alta: *¿valió la pena?*

No se la hace porque no puede permitirse la respuesta. Si fue que sí, tiene que seguir. Si fue que no, también tiene que seguir, porque ya no hay camino de vuelta. Así que aprende a callar la pregunta y a seguir caminando, que es lo único que sabe hacer.

Yo soy médico. Me formé en Cuba, ejercí, curé, y un día dije en voz alta lo que todos murmuraban: que faltaban medicinas, que el sistema se caía, que la gente se moría de cosas que no debería. Por decirlo, me expulsaron. Por insistir, me anularon el título. Y en 2022 hice lo que jamás imaginé que haría: agarré una mochila, crucé países que no conocía, atravesé la selva del Darién pisando el barro donde otros habían quedado para siempre, y llegué a Houston con un acento que aquí nadie entendía y un diploma que aquí no valía nada.

Conozco el dolor del que escribo. No lo estudié en un libro: lo caminé.

Y por eso me niego a escribirte otro de esos textos bonitos sobre “el sueño americano” que terminan en una foto sonriente y un final feliz de tarjeta postal. Esos libros te abandonan en la primera página, porque hueles la mentira. Tú sabes —porque lo vives— que el sueño viene envuelto en duelo. Que por cada negocio que florece hay diez espaldas rotas. Que el que “triunfó” muchas veces llora solo en el carro antes de entrar a su casa a sonreír. Que se puede ganar dinero y perder un matrimonio, un padre, un idioma propio, el sonido de la voz de un hijo que ya creció sin uno.

Eso es lo que nadie se atreve a contar. Y eso es exactamente lo que voy a contarte.

Pero no para hundirte. Al contrario. Te lo cuento porque creo, con todo lo que soy, que nombrar el dolor es el primer paso para no morir de él. Que la herida que se mira sana distinto a la que se esconde. Y porque al final

de cada una de estas vidas rotas hay algo que se niega a morir: una fe, unas manos, una terquedad sagrada de volver a levantarse.

Este libro tiene cinco partes, como tiene cinco tiempos toda vida que se va y se reconstruye: **el dolor** que nos parte, **la fe** que nos sostiene, **el trabajo** que nos rehace, **la reconstrucción** que, contra todo pronóstico, llega, y por último **las raíces y el regreso**: esa frontera invisible que el que se fue carga para siempre, donde viven los que volvieron y ya no cupieron, los hijos que se avergonzaron antes de entender, y los nietos que rescatan lo que casi se pierde. Porque el viaje del migrante no termina cuando llega. Apenas, ahí, empieza.

No leas rápido. Estas no son historias para consumir. Son personas. Tráta-las como tratarías a alguien que, sentado frente a ti, junta valor para contarte, por primera vez, lo que nunca le ha contado a nadie.

Empecemos por donde empieza todo: por la herida.

*Dr. Alexander Jesús Figueredo Izaguirre*

## **PARTE I — DOLOR**

**Las heridas que no se ven**

## 1. La selva no devuelve lo que se traga

Marisol contó los pasos durante once días para no contar otra cosa.

Salió del lado de Colombia con sus dos hijos —el varón de nueve, la niña de seis— y una mochila con galletas, una muda de ropa y una bolsa de plástico donde guardaba, envuelta tres veces, la foto de su madre. Le habían dicho que el Darién se cruzaba en tres días. Le mintieron, como le mienten a todos. Tardó casi dos semanas.

Aprendió rápido las reglas no escritas de la selva. Que el agua de los ríos enferma, pero que a veces hay que beberla igual. Que las raíces se vuelven manos que te agarran el tobillo. Que el barro tiene un olor que no se olvida, y que ese olor, a veces, no es solo barro. Vio cosas en el camino que decidió que sus hijos no verían, y caminó con la niña en hombros tapándole los ojos en los tramos donde el bosque guardaba a los que no resistieron.

La asaltaron a la salida de la selva. Hombres con armas, gritos, la orden de entregarlo todo. Una mujer del grupo, que iba adelante, se negó a soltar lo que llevaba. Marisol oyó lo que pasó después y no se voltea a mirarlo ni en sus recuerdos. A ella le quitaron los últimos dólares, el teléfono, y le pasó la mano por encima un hombre que olía a aguardiente, mientras su hijo de nueve años apretaba los puños sin entender que apretar los puños no servía de nada.

Esa noche, los tres durmieron abrazados bajo un plástico. La niña le preguntó, en un hilo de voz, si Dios los estaba mirando. Marisol le dijo que sí. No sabía si era cierto. Lo dijo porque una madre dice eso.

Hoy Marisol vive en un apartamento de una habitación en el sur del país. Trabaja limpiando oficinas de noche. Sus hijos van a la escuela y ya hablan inglés mejor que ella. Por fuera, lo logró: cruzó, llegó, sobrevivió, los salvó.

Pero hay noches en que se despierta a las tres de la madrugada con el olor del barro en la nariz, y se queda sentada en el borde de la cama, en silencio,

para no despertar a los niños. La selva, dice ella, no la dejó del todo. Una parte suya se quedó allá, en ese plástico, abrazada a dos niños, mintiéndole a su hija sobre la mirada de Dios.

Eso también es cruzar la frontera. Lo que nadie te cuenta es que una parte de ti no cruza nunca. Se queda. Y aprendes a vivir incompleto.

## 2. El entierro al que no fui

A Joaquín lo llamaron un martes a las dos de la tarde. Estaba en lo alto de un andamio, en una obra, con el cinturón de herramientas pesándole en la cadera. Vio el nombre de su hermana en la pantalla y supo, antes de contestar, lo que iba a oír.

Su padre había muerto esa madrugada, en el pueblo, del otro lado del continente.

Joaquín no bajó del andamio enseguida. Se quedó arriba unos minutos, mirando la ciudad ajena, con el teléfono apretado contra la oreja escuchando llorar a su hermana a seis mil kilómetros de distancia. Abajo, los compañeros seguían trabajando, la grúa seguía girando, el mundo seguía como si nada, porque para el mundo no había pasado nada.

No pudo ir al entierro. No tenía papeles. Si salía del país, no podía volver, y si no volvía, su mujer y sus tres hijos —que dependían de cada dólar que él mandaba— se quedaban en el aire. Tuvo que elegir entre despedir a su padre muerto o seguir sosteniendo a sus hijos vivos. Eligió a los vivos. Es la elección correcta. Es también una herida que no cierra.

El día del velorio, su hermana puso el teléfono en una esquina de la sala, apoyado en una silla, para que él “estuviera”. Y Joaquín vio el funeral de su padre por la pantalla de un celular, sentado en el piso de su cuarto rentado, en silencio para que los roommates no lo oyeran. Vio el cajón. Vio a su madre encorvada. Vio a sus tíos pasar y persignarse. No pudo tocar a nadie. No pudo oler las flores. No pudo cargar el ataúd, que es lo único que un hijo puede hacer ya por su padre. Solo pudo mirar, mudo, a través de un cristal de cinco pulgadas, cómo enterraban a la mitad de su historia.

Cuando colgó, se quedó mirando la pared. No lloró fuerte. Los hombres como Joaquín aprenden a llorar callados, hacia adentro, para no preocupar a nadie. Al día siguiente volvió a la obra. Subió al andamio. Siguió.

Hay un duelo que no aparece en ningún manual de medicina y que yo, como

médico, he visto deshacer a hombres fuertes: el duelo del que no pudo despedirse. El que enterró a su muerto por videollamada. El que manda flores con dinero pero no pudo poner una mano sobre el cajón. Ese duelo no se cierra con el tiempo; se aprende a cargar, como se carga el cinturón de herramientas: pesa, pero uno sube igual.

### 3. La doctora que limpia casas

Lucía tiene un título de medicina enmarcado. Lo guarda en una gaveta, debajo de las sábanas, envuelto en una funda de almohada para que no se humedezca.

En su país operaba. Salvaba vidas. La gente la llamaba “doctora” con respeto, le cedían el asiento, le pedían consejo. Cuando tuvo que huir —por razones que no vienen al caso, pero que tienen que ver con decir verdades que cuestan caro— llegó a este país con sus manos de cirujana y ningún papel que las reconociera.

Aquí, esas mismas manos limpian casas.

Lucía recoge la ropa interior de gente que no la saluda. Restriega inodoros de familias que la llaman “the cleaning lady” sin preguntarle el nombre. Una vez, mientras limpiaba el baño de una casa grande, la dueña la llamó para que viniera “rápido”: su hijo adolescente se había desmayado en la cocina. Lucía corrió, lo evaluó en segundos —pulso, respiración, color—, lo colocó de lado, le habló con la calma de veinte años de quirófano, y mantuvo al muchacho estable hasta que llegó la ambulancia. Los paramédicos le preguntaron si era enfermera. Ella dijo que no, que solo limpiaba la casa.

No dijo que era médica. Hace tiempo que aprendió que decirlo solo provoca caras de lástima, y la lástima, para alguien que fue doctora, es más humillante que el trapo en la mano.

El duelo de Lucía no es el del que no tiene nada. Es el del que tuvo y perdió. Los psicólogos lo llaman duelo por la pérdida del estatus, y es uno de los más callados y más crueles, porque no se ve: por fuera Lucía tiene trabajo, techo, comida. Por dentro carga el fantasma de quien fue, paseándose por los pasillos de las casas ajenas que limpia.

Y sin embargo —porque siempre hay un *sin embargo* en esta gente—, Lucía estudia inglés en las noches, después de doce horas de pie. Está preparando los exámenes para revalidar. Le faltan años, dinero y un cansancio que no

se puede explicar. Pero saca el título de la gaveta una vez por semana, lo mira, lo vuelve a guardar, y sigue.

Porque hay quien limpia casas para sobrevivir, y hay quien limpia casas mientras reconstruye, ladrillo a ladrillo, a la persona que era. Lucía es de las segundas. Todavía no lo sabe, pero ya está ganando.

#### **4. El insomnio de Aurora**

Aurora llevaba tres años a salvo y su cuerpo no se había enterado.

Vino a verme por el insomnio. Llevaba meses durmiendo a pedazos, despertando a las tres de la mañana con el corazón disparado, el oído atento a un peligro que ya no existía. De día estaba agotada pero no podía descansar; de noche estaba muerta de sueño pero no podía dormir. Le dolía la cabeza, le dolía el estómago, lloraba sin motivo aparente y se enojaba con una facilidad que no reconocía en ella. Había ido a varios médicos. Le habían hecho estudios. Todo salía bien. “No tiene nada”, le decían. Y ella salía de cada consulta sintiéndose, además de mal, loca.

No estaba loca. Estaba de duelo. De un duelo que tiene nombre, aunque casi nadie lo nombre.

Hay un psiquiatra que estudió a los migrantes y describió lo que les pasa a tantos: un cuadro de estrés crónico y múltiple que aparece cuando una persona enfrenta, a la vez y durante demasiado tiempo, soledad, miedo, fracaso en la lucha por sobrevivir y la sensación de no poder hacer nada para cambiarlo. No es una enfermedad mental; es la reacción normal de una mente sana ante una situación anormal. Lo bautizó con el nombre del viajero más famoso de todos, aquel que tardó años en volver a casa cruzando un mar lleno de peligros. El síndrome del que vuelve de una odisea. El síndrome del que cruzó.

Aurora cargaba no uno, sino varios duelos a la vez, encimados como cajas mal apiladas. El duelo por los suyos, que quedaron del otro lado. El duelo por su lengua, que aquí casi nadie hablaba y que ella oía cada vez menos. El duelo por su tierra, por sus calles, por su comida, por el clima de su infancia. El duelo por lo que fue: allá era maestra, respetada, alguien; aquí era una desconocida que limpiaba oficinas y a quien nadie pedía opinión. El duelo por su gente, por la red de primos y comadres y vecinos que la sostenía y que aquí no tenía. Y, debajo de todos, el más callado: el duelo por la seguridad, por el cuerpo que cruzó situaciones de peligro real y que,

aunque ahora estuviera a salvo, no había recibido el mensaje. Seguía en guardia. Seguía esperando el próximo golpe. Por eso despertaba a las tres de la mañana: su cuerpo todavía hacía guardia en una selva que ya había quedado atrás.

Cuando le expliqué esto, Aurora se echó a llorar. Pero era un llanto distinto. “Entonces no estoy loca”, me dijo. “Entonces esto tiene nombre.” Y le dije que sí, que tenía nombre, y que ponerle nombre era el principio de poder con él. Que lo que sentía no era debilidad ni desagrado — porque muchos cargan, además, la culpa de sufrir teniendo “tanto”, estando “a salvo”, cuando otros están peor—. Que el alma también cruza la frontera, solo que más lenta que el cuerpo, y a veces tarda años en llegar.

No le di una pastilla mágica, porque para el duelo no la hay. Le di algo más útil: la verdad de que su dolor era legítimo, la compañía de saber que no era la única, y unos cuantos asideros sencillos. Buscar a los suyos, aunque fuera por teléfono, para no apagar la lengua ni los vínculos. Encontrar un pedacito de comunidad —una iglesia, un grupo, unas paisanas— porque la soledad es el combustible de este duelo. Cuidar el cuerpo cansado con sueño, comida y un poco de aire, no como lujo sino como medicina. Y, cuando el peso fuera demasiado, no callarlo: hablarlo, buscar ayuda, porque hablar descomprime lo que el silencio infla.

Aurora no sanó de un día para otro. El duelo del migrante no se cura: se elabora, se acomoda, se aprende a cargar hasta que pesa menos. Pero empezó a dormir un poco más. Empezó a buscar a otras como ella. Y un día me dijo que había vuelto a dar clases —informales, a niños del barrio, gratis— y que al pararse de nuevo frente a unos alumnos había sentido, por un rato, que volvía a ser ella.

Te cuento lo de Aurora por si tú también despiertas a las tres de la mañana con el corazón disparado, sin saber por qué. Por si también te han dicho que “no tienes nada” y sales sintiéndote peor. Quiero que sepas que quizá sí tienes algo, y que ese algo tiene nombre, y que no es locura ni debilidad:

es el precio que el alma paga por una odisea que el cuerpo ya terminó. No estás loco. Estás de duelo. Y del duelo, con tiempo, con compañía y a veces con ayuda, se sale. No para olvidar lo que dejaste, sino para poder, por fin, llegar del todo a donde ya estás.

## 5. La madre que se fue

Hay una forma de maternidad de la que casi nadie habla, porque incomoda a todos: la de la madre que se va y deja a sus hijos atrás.

Es fácil juzgarla. “¿Qué clase de madre abandona a sus hijos?” Lo he oído decir, con desprecio, a gente que nunca ha tenido que elegir entre estar con sus hijos o darles de comer. Porque eso, y no otra cosa, es lo que eligió Beatriz: no abandonar a sus hijos, sino mantenerlos. Y para mantenerlos, tuvo que dejarlos.

Beatriz tenía tres hijos pequeños y ningún modo de alimentarlos. El padre se había ido hacía tiempo. El trabajo que conseguía allá no alcanzaba ni para la mitad de lo que tres bocas necesitan. Y un día tomó la decisión más desgarradora que puede tomar una madre: dejó a sus tres hijos con su propia madre, la abuela, y se vino al norte a trabajar para mandarles lo que allá jamás podría ganar. Pensó, como piensan todas, que sería por poco tiempo. “Dos años, junto un dinerito, y vuelvo.” Han pasado nueve.

Beatriz crió a sus hijos por teléfono. Los vio crecer en una pantalla, a pedazos, con la conexión cortándose. Les cantó cumpleaños por videollamada. Les revisó tareas que no podía tocar. Los consoló, cuando lloraban, con una voz que salía de un aparato y no de un abrazo. Mandó dinero religiosamente, cada quincena, sin faltar una sola: para la comida, para la escuela, para los zapatos, para el doctor. Sus hijos nunca pasaron hambre. Nunca dejaron la escuela. Tuvieron, gracias a esos dólares ganados a fuerza de turnos dobles, una vida que con ella presente y sin dinero jamás habrían tenido.

Y sin embargo, Beatriz carga una culpa que no la deja en paz.

Porque sus hijos crecieron llamándole “mamá” a la abuela. Porque el menor, que tenía dos años cuando ella se fue, hoy tiene once y no la conoce de verdad: la quiere, pero como se quiere a una tía generosa que manda regalos, no como se quiere a una madre que arropa de noche. Porque

cuando los llama, a veces, los siente distantes, ocupados, con sus vidas en marcha, y ella sobra un poco en esas vidas que pagó pero no habitó. Porque la mayor, que ya es una adolescente, le reclamó una vez, en plena llamada, con la crueldad sincera de los hijos heridos: “Tú no eres mi mamá. Tú eres la que manda el dinero.”

Esa frase Beatriz la lleva clavada. Me la repitió temblando. “Doctor, yo me partí la espalda nueve años por ellos. Y mi propia hija me dice que solo soy la que manda el dinero. ¿Para esto me vine? ¿Para perderlos mientras los salvaba?”

No tengo respuestas fáciles para Beatriz, porque su drama no tiene una salida limpia. Si se hubiera quedado, sus hijos habrían tenido madre y hambre. Se vino, y tuvieron comida y orfandad a medias. No hay opción buena en ese cruce de caminos; solo hay opciones menos malas, y ella eligió la que llenaba los platos. Eso no es abandono. Es una forma brutal, sacrificada y poco reconocida de amor: el amor que renuncia a la presencia para garantizar la subsistencia.

Lo que sí pude decirle es esto. Que el reclamo de su hija no es la sentencia final, sino el dolor de una niña que también extraña, y que el dolor de los hijos a veces sale en forma de reproche. Que nueve años de dinero puntual también son una forma de presencia, aunque a la hija todavía no le alcance para entenderlo —como no le alcanzaba a Andrés entender a su madre que limpiaba casas, hasta que creció—. Y que todavía está a tiempo de construir, con cada llamada, no solo al proveedor, sino a la madre: preguntando por las cosas pequeñas, no solo por las notas y el dinero; contando ella también sus días; estando presente en lo que la distancia permita, que es poco, pero no es nada.

Le dije que el día que sus hijos sean adultos, mirarán hacia atrás y entenderán —como termina entendiendo casi todo hijo— el tamaño de lo que su madre pagó por ellos. Que la frase “tú eres la que manda el dinero” se transformará, con los años, en otra: “mi madre se fue lejos y se rompió la

espalda para que yo no pasara lo que ella pasó.” Que el amor sembrado de lejos también germina, solo que más tarde.

Beatriz sigue mandando el dinero. Sigue, cada quincena, sin faltar una. Pero desde que hablamos, me cuenta, también manda otras cosas: pregunta a su hijo menor por su equipo favorito, escucha a la mayor hablar de sus amigas sin apurarla, le cuenta a la del medio cómo fue su día. Pequeñas cosas. Migajas de presencia lanzadas a través de un océano y una pantalla. Pero son las migajas con las que, algún día, sus hijos armarán el pan entero de entender que su madre nunca los abandonó.

Solo se fue lejos a buscarles la vida. Que es, cuando no queda otra, la forma más dolorosa que existe de quedarse.

## **Interludio: el dolor que no se ve**

Hay una palabra para esto que vienen sintiendo Marisol, Joaquín y Lucía. Un psiquiatra, Joseba Achotegui, le puso nombre hace poco más de veinte años: lo llamó el **Síndrome de Ulises**, en honor a aquel personaje que vagó años lejos de casa, perdido entre peligros, soñando con volver.

No es una enfermedad mental, conviene decirlo. Es algo a la vez más simple y más terrible: un duelo extremo. El duelo del que ha perdido demasiado al mismo tiempo —la tierra, la familia, la lengua, el oficio, el lugar en el mundo— y tiene que seguir funcionando como si nada, sin tiempo ni permiso para llorar. Soledad, miedo, la lucha diaria por sobrevivir, todo junto y sin descanso. El alma humana no está hecha para cargar tanto a la vez. Y aun así carga.

Lo que más me duele, como médico, es cuánto de este sufrimiento ocurre en silencio. El inmigrante no va al psicólogo: no tiene dinero, no tiene tiempo, no tiene con quién dejar a los niños, y muchas veces ni siquiera tiene las palabras para nombrar lo que le pasa. Así que aprieta los dientes y sigue. Sonríe en las fotos que manda a casa. Dice que todo está bien. Y por dentro, se va llenando de un agua oscura que nadie ve subir.

Si te reconoces en estas páginas, quiero que sepas dos cosas. La primera: lo que sientes tiene nombre, no estás loco, y no estás solo —le pasa a millones, a los más fuertes, a los que más aguantan—. La segunda: pedir ayuda no es debilidad, es estrategia de supervivencia, igual que pedir agua en la selva. Al final de este libro te dejo dónde encontrarla.

Por ahora, sigamos. Porque después de la herida, esta gente descubre algo que los sostiene cuando ya no queda nada más a qué agarrarse. Le dicen fe.

## **PARTE II — FE**

**Lo que sostiene cuando todo se cae**

## 6. La iglesia de la esquina

Cuando Wilfredo llegó, no conocía a nadie. Dormía en el carro de un primo lejano que apenas lo toleraba, comía una vez al día, y caminaba horas buscando trabajo con un papel mojado donde había anotado direcciones. La tercera semana, un domingo, entró a una iglesia pequeña de barrio —de esas con sillas plásticas y un cartel pintado a mano— no por fe, sino porque adentro había aire acondicionado y café gratis.

Una señora lo vio sentado al fondo, con la ropa arrugada y la mirada de hambre que él creía disimular. No le predicó. No le preguntó si estaba salvado. Le preguntó si había comido. Wilfredo, que llevaba semanas mintiendo “estoy bien” a todo el mundo, no supo por qué, pero a esa desconocida le dijo la verdad: que no, que no había comido bien en días.

Esa noche se fue con una bolsa de comida, el teléfono de tres personas que tenían trabajo para él, y algo que no había sentido desde que salió de su país: la sensación de que a alguien, aunque fuera una sola persona en todo el continente, le importaba si él vivía o moría.

No quiero venderte que la fe es magia. No lo es. Wilfredo siguió pasando hambre semanas más. Pero algo había cambiado: ya no estaba solo. Esa iglesia se volvió su familia postiza. Allí consiguió su primer trabajo de verdad, allí aprendió las primeras palabras de inglés en una clase gratuita los sábados, allí lloró un día sin vergüenza cuando le avisaron que su abuela había muerto, y allí, dos años después, alguien le presentó a la mujer que hoy es su esposa.

A veces la fe no llega como un rayo del cielo. Llega como una señora con una bolsa de comida que te pregunta si comiste. La comunidad —esa red de manos que se sostienen entre náufragos— es, para muchos, la primera forma concreta en que el inmigrante vuelve a creer que la vida puede ser buena. No le tengas miedo a entrar a esos lugares: una iglesia, un centro comunitario, un grupo de paisanos. El que llega solo, se hunde. El que se deja sostener, flota.

## 7. La promesa

Voy a contar esta historia con cuidado, porque toca un lugar oscuro, y no quiero que a nadie le haga daño.

Hubo una noche en que Antonia pensó que no podía más.

Llevaba ocho meses en el país. Había perdido el trabajo, le debía dos meses de renta, no había podido mandar dinero a su madre enferma, y el hombre con el que había venido se había ido con otra. Estaba sola en un cuarto que olía a humedad, mirando el techo, sintiendo ese cansancio que ya no es del cuerpo sino del alma, ese en el que la mente empieza a susurrar que el mundo estaría mejor sin uno.

No voy a describir esa noche más de cerca. Solo voy a contarte cómo salió de ella.

Antonia tenía, pegada en la pared con cinta, una foto de su hija de cuatro años, que había quedado con la abuela en su país hasta que ella pudiera mandar por la niña. En el peor momento de esa noche, la miró. Y se acordó de una promesa que le había hecho en el aeropuerto, agachada a su altura, secándole las lágrimas: “*Mamá va a volver por ti. Te lo juro.*”

Esa promesa la salvó. No porque la magia existiera, sino porque le dio una razón para ver el amanecer. Se dijo: *si me rindo esta noche, rompo la única promesa sagrada que he hecho en mi vida.* Y decidió aguantar una noche más. Solo una.

Al día siguiente, Antonia hizo lo que yo le ruego a cualquiera que esté en ese lugar oscuro: habló. Le contó a una compañera de trabajo lo cerca que había estado del abismo. Esa compañera la llevó a una clínica comunitaria donde había ayuda en español, gratuita. No fue un milagro instantáneo. Fue un proceso. Pero Antonia entendió algo esa madrugada que cambió su vida: que la fe, a veces, no es creer que todo estará bien, sino aferrarse a una sola razón para llegar al día siguiente, y dejar que alguien te ayude a cargar el resto.

Hoy su hija duerme en el cuarto de al lado. Antonia cumplió la promesa.

Si tú estás leyendo esto desde una noche parecida, escúchame como médico y como hombre que también tocó fondo: ese susurro que dice que todo estaría mejor sin ti **miente**. El dolor distorsiona, agranda lo malo y borra lo bueno, pero no es para siempre, aunque se sienta eterno. Aguanta una noche más. Habla con alguien hoy, no mañana. Al final de este libro hay números que puedes llamar ahora mismo, en español, gratis. Tu promesa —la que sea, a quien sea— todavía se puede cumplir.

## 8. Volveré el día que seas libre

Ramón tiene setenta y un años y una bandera doblada en una gaveta.

Salió de su isla hace décadas, perseguido, con lo puesto. Dejó atrás una casa, una profesión, una tumba —la de su esposa— y un país entero que amaba y que, al mismo tiempo, lo había expulsado por pensar distinto. Aquí rehízo su vida desde abajo: lavó platos, manejó taxi, crió hijos que hoy son americanos y apenas hablan su idioma sin acento.

Le pregunté una vez si no le pesaba haber dado tanto por un regreso que quizá nunca llegue. Ramón me miró con unos ojos viejos y firmes, y me dijo algo que no he podido olvidar: *“Mijo, yo no sigo vivo por la nostalgia. Yo sigo vivo por la esperanza. Son distintas. La nostalgia mira atrás y te hunde. La esperanza mira adelante y te sostiene.”*

La fe de Ramón no es solo religiosa. Es la fe en que su tierra, algún día, será libre. Es una fe terca, casi insensata, que ha sostenido a generaciones de exiliados de todas partes: cubanos, venezolanos, nicaragüenses, y antes que ellos tantos otros. Es la certeza —contra toda evidencia— de que el sacrificio no fue en vano, de que la semilla que sembraron lejos de casa florecerá en alguien, algún día, aunque ellos no alcancen a verlo.

Yo comparto esa fe. Lo digo sin vergüenza, porque es el motor de mi propia vida: *volveré el día que seas libre*. No sé cuándo será. Quizá yo tampoco lo vea. Pero la esperanza no necesita garantías para sostenerte; le basta con ser verdadera.

A Ramón le quedan, dice, “los años que Dios quiera”. Cada mañana riega las matas de su pequeño jardín en el patio, y entre ellas tiene sembrada una planta que trajo, de contrabando, en una semilla escondida hace décadas. Es lo único de su tierra que sigue vivo cerca de él. La cuida como se cuida una promesa.

La fe del exiliado es esa planta: trasplantada a la fuerza en suelo ajeno, y aun así, empeñada en florecer.

## 9. La estampa que cruzó el desierto

Cuando registraron a Tomás en la frontera, lo único que llevaba además de la ropa puesta era una estampa.

Una estampa pequeña, de papel, plastificada con cinta adhesiva transparente por las dos caras para que el sudor no la borrara. La imagen de un santo, gastada de tanto besarla, con los bordes blancos de tanto sobarla entre los dedos. Se la había dado su madre el día que se fue, en la puerta de la casa, llorando las dos. “Llévatelo —le dijo—. Él te va a cuidar el camino.” Y Tomás, que ni siquiera era muy de rezar, la guardó en el bolsillo del pecho, sobre el corazón, más por su madre que por fe.

Esa estampa cruzó el desierto con él.

Tomás no cruzó una selva como crucé yo, sino un desierto, que tiene su propia manera de matar: el sol que cuece, la sed que enloquece, las noches heladas que congelan el mismo cuerpo que el día asó. Caminó días. Vio a otros caer y no poder levantarse. Se quedó sin agua. Hubo una noche —me lo contó con la voz baja, como se cuentan las cosas sagradas— en que se acostó en la arena seguro de que no se iba a volver a parar, y sacó la estampa, y le habló al santo como no le había hablado nunca a nadie. No le pidió milagros. Le pidió compañía. “Si me voy a morir aquí —le dijo—, no me dejes morir solo.” Y se quedó dormido apretando el papel contra el pecho.

Amaneció vivo. No sé si fue el santo, o la suerte, o esa terquedad del cuerpo que a veces aguanta más de lo que la mente cree. Tomás tampoco lo sabe, y no le importa saberlo. Lo que sabe es que esa noche, en el peor momento de su vida, no estuvo solo. Y que el que lo acompañó fue un pedazo de papel plastificado que le había dado su madre.

A esto, los que miran de lejos lo llaman superstición. “Un papelito no salva a nadie.” Y tienen razón en la física y se equivocan en todo lo demás. Porque esa estampa no era física: era el amor de una madre, hecho ob-

jeto, viajando en el bolsillo de su hijo a través del infierno. Era la mano de su madre tocándolo cuando su madre estaba a miles de kilómetros. Era la prueba tangible de que alguien, en algún lado, lo amaba y lo esperaba. Y un hombre que sabe que es amado aguanta lo que un hombre solo no aguanta. La fe del migrante no es teología. Es otra cosa, más humilde y más poderosa: es el ancla que le impide soltarse del todo cuando todo lo demás se lo arrancaron.

He visto muchas de esas anclas. Vírgenes pintadas en las paredes de los cuartos rentados. Veladoras encendidas en cocinas donde no sobra para el gas. Cruces colgadas del retrovisor de carros viejos. Biblias gastadas, rosarios, medallas, estampas como la de Tomás. Para el de afuera, folclore. Para el de adentro, lo único que cruzó la frontera intacto cuando todo lo demás se quedó atrás o se perdió en el camino: la certeza de que hay algo más grande que el miedo, y que ese algo está de su lado.

Tomás hoy tiene una vida hecha. Trabaja, renta, manda para su madre, que sigue viva, gracias a Dios, del otro lado. La estampa ya no la lleva en el bolsillo: la tiene enmarcada, en una repisa, con una veladora al lado que enciende los domingos. Está más gastada que nunca, casi transparente de tanto haberla besado. Y cada vez que la mira, no ve a un santo. Ve a su madre en la puerta de la casa, diciéndole “él te va a cuidar el camino”. Ve la noche en el desierto en que no murió solo. Ve, en un pedacito de papel, todo lo que dejó y todo lo que lo sostuvo.

Le pregunté una vez si creía, de verdad, que el santo lo había salvado. Se quedó pensando. Y me dio la respuesta más sabia que he oído sobre la fe: “Doctor, yo no sé si me salvó él. Pero sé que si no lo hubiera tenido, me habría rendido. Y el que se rinde en el desierto, se queda en el desierto. Así que en una de esas, sí me salvó. Me salvó de soltarme.”

A veces la fe no mueve montañas. Solo nos impide soltarnos del borde. Y para el que cruza, eso es exactamente lo que hace falta.

## 10. Cuando dejé de creer

No todas las historias de fe son de fe que sostiene. Algunas son de fe que se rompe. Y esas también hay que contarlas, porque son las más honestas.

Esther creía. Creía de verdad, de esa fe sencilla y firme de pueblo, la que se hereda y no se cuestiona. Rezaba, daba gracias, confiaba en que Dios proveería. Hasta que la vida, en este país, le quitó todo aquello en lo que creía.

Le pasó de golpe, como pasan las desgracias. En menos de dos años, perdió el trabajo, perdió la salud por una enfermedad que llegó sin avisar, y perdió a su esposo, no por muerte sino por abandono: el hombre, agobiado, se fue y la dejó sola con las deudas y el cuerpo enfermo en una tierra ajena. Esther, que toda la vida había rezado dando gracias, se descubrió una noche rezando con rabia. Y después dejó de rezar. “¿Para qué? —se dijo—. ¿Para qué le hablo a alguien que no me escucha, que dejó que me pasara todo esto? Si Dios existe, me abandonó. Y si me abandonó, no me sirve.”

Esther dejó de creer. Y lo más duro, me dijo, no fue dejar de creer en Dios. Fue quedarse sin el piso que la fe le daba. Porque la fe, le funcionaba, era lo que la sostenía de pie cuando todo temblaba, y al perderla, se quedó sin nada debajo. Cayó en una tristeza honda, de esas que no dan ganas ni de levantarse. Dejó de comer bien, dejó de salir, dejó de buscar. “Si Dios me abandonó —pensaba—, ¿qué sentido tiene nada?”

Aquí es donde la mayoría esperaría que yo cuente un milagro. Que una noche vio una luz, o escuchó una voz, o tuvo una señal, y volvió a creer. No pasó así. La fe de Esther no volvió por un milagro. Volvió por una puerta mucho más humilde, y a mí, que he visto mucho, me parece más milagrosa todavía.

Volvió por una vecina.

Una vecina, otra inmigrante, que sin que Esther le pidiera nada empezó a tocarle la puerta. Le llevaba comida cuando supo que no comía. La acom-

pañó a las citas del médico cuando no tenía quién la llevara. Se sentaba con ella en silencio las tardes en que Esther no quería hablar. No le predicó. No le dijo “tienes que volver a creer”, ni “Dios tiene un plan”, ni ninguna de esas frases que se le dicen al que sufre y que más lastiman que ayudan. Solo estuvo. Día tras día. Sin pedir nada.

Y un día, sin que ninguna lo planeara, Esther entendió algo. Entendió que mientras ella le reclamaba a Dios por haberla abandonado, Dios —o como quiera llamarse eso— le estaba tocando la puerta todas las tardes en forma de una vecina con un plato de comida. Que no la habían abandonado: que el amor seguía llegando, solo que no por donde ella lo esperaba. Que quizás la fe no era ese trato que ella creía —“yo rezo, tú me proteges de las desgracias”— sino otra cosa: la certeza de que, aun en la peor desgracia, alguien va a tocarte la puerta. Y de que tú, mañana, podrás tocarle la puerta a otro.

Esther volvió a creer. Pero de otra manera. Ya no cree en un Dios que impide las desgracias, porque las desgracias llegan, lo vio. Cree en un Dios que manda vecinas. Que se aparece en lo pequeño, en el plato de comida, en la mano que acompaña, en la gente que decide no dejarte solo. Su fe, después de romperse, se rehízo más humilde y más fuerte, hecha no de certezas sino de gestos.

Y entonces hizo lo único que tiene sentido cuando uno entiende eso: se convirtió, ella misma, en la vecina de otros. Hoy Esther es la que toca puertas. La que lleva comida al recién llegado, la que acompaña a la cita al que no tiene carro, la que se sienta en silencio con el que está roto. No predica. Solo está. Y dice, cuando le preguntan por qué lo hace, una frase que vale más que mil sermones: “Porque cuando yo me caí, alguien tocó mi puerta. Ahora me toca a mí tocar la de otro. Eso, para mí, es Dios.”

Te cuento lo de Esther por si tú también dejaste de creer en el camino. Por si las desgracias, en esta tierra, te quitaron el piso que la fe te daba, y andas, como ella anduvo, sin nada debajo. No te voy a decir que vuelvas a creer,

porque la fe no se manda. Solo te voy a decir lo que Esther aprendió: que aunque sientas que el cielo se calló, el amor sigue llegando, casi siempre por la puerta más humilde, casi siempre en forma de gente. Y que el día que tú le toques la puerta a otro que está caído, vas a entender, sin necesidad de milagros, que nunca estuviste tan solo como creías.

A veces la fe no es mirar al cielo. Es tocar la puerta del de al lado.

## **Interludio: la fe como músculo**

He notado algo en treinta años de mirar a la gente sufrir y sanar: la fe que de verdad sostiene no es la que espera milagros, sino la que se ejercita como un músculo.

Wilfredo no fue rescatado por un ángel; fue sostenido por una comunidad que decidió integrar. Antonia no fue salvada por un rayo divino; fue salvada por una promesa que decidió no romper y una mano que decidió aceptar. Ramón no sobrevive por nostalgia; sobrevive por una esperanza que cultiva todos los días, como sus matas.

La fe, en esta gente, no es pasiva. Es una decisión que se toma cada mañana, sobre todo las mañanas en que no se siente nada. Es levantarse, regar la planta, llamar al número, entrar a la iglesia, mirar la foto del hijo y decidir un día más. Quien espera que la fe le caiga del cielo, espera sentado. Quien la ejercita, la fortalece.

Y aquí viene algo importante que no quiero que malentiendas: tener fe no significa no necesitar ayuda. La fe y la ayuda profesional no se pelean; se acompañan. Reza y ve al médico. Confía y pide la cita en la clínica. Cree y habla con alguien. El Dios en el que muchos creen, decía un viejo sabio, también trabaja a través de psicólogos, de medicinas y de manos humanas.

La fe nos pone de pie. Pero para caminar hacen falta las piernas, y para comer hacen falta las manos. De eso trata la siguiente parte: del trabajo. Porque el inmigrante no reza y se sienta a esperar. El inmigrante reza y, al amanecer, se va a trabajar.

## **PARTE III — TRABAJO**

### **Las manos que reconstruyen**

## 11. Las manos

A Esteban se le conoce el oficio por las manos antes que por la cara.

Tiene treinta y ocho años y manos de sesenta. Las palmas son un mapa de callos; los nudillos, gruesos como nudos de sogas; tiene una uña que perdió hace años cargando vigas y que nunca volvió a crecer bien. Esteban trabaja en construcción. Carga, cava, levanta, suelda, sube andamios bajo un sol que en verano raja las piedras. Llega antes que el supervisor y se va después. No se queja, porque cada gota de su sudor tiene un destinatario al otro lado de una frontera.

El primer cheque que cobró en este país lo recuerda mejor que su propia boda. No por la cantidad —era poco, descontado por todos lados—, sino por lo que hizo con él: fue a un local de envíos, mandó casi todo a su casa, y se quedó parado afuera, en la acera, mirando el recibo, llorando como un niño. No de tristeza. De algo que no tiene nombre exacto: el orgullo brutal del que, después de tanto, por fin pudo cumplir. Su madre, al otro lado, pudo comprar las medicinas. Sus hermanos pudieron comer. Por una espalda que le ardía, una familia entera comió mejor ese mes.

Hay quien mira a un hombre como Esteban y ve “mano de obra barata”. Yo veo un héroe que nadie aplaude. Veo a un hombre regalando su cuerpo, año por año, músculo por músculo, para que otros —que ni lo conocen— tengan una vida mejor. Las ciudades de este país están hechas, literalmente, con manos como las de Esteban. Las casas donde otros duermen tranquilos las levantó alguien que duerme en un cuarto compartido.

Esteban sabe que su cuerpo tiene fecha de vencimiento. “Esto no aguanta para siempre, doctor”, me dijo, mostrándome las manos. Por eso empuja a su hijo a estudiar con una ferocidad casi desesperada: “*Yo trabajo con el lomo para que tú trabajes con la cabeza.*” Esa frase, dicha por un hombre con manos de sogas, encierra toda la lógica del sacrificio inmigrante. Él se gasta para que el que viene detrás no tenga que gastarse igual.

## 12. Dos turnos, tres trabajos

Gloria no ha visto despierto a su hijo menor entre semana en casi dos años. Sale de la casa a las cinco de la mañana, cuando el niño todavía duerme. Trabaja el primer turno en una fábrica de empaque. De ahí corre a un segundo trabajo limpiando un edificio de oficinas. Los fines de semana, cuida a una pareja de ancianos. Cuando regresa de noche, el niño ya está dormido otra vez. Lo besa en la frente en la oscuridad. Ese beso, en la frente de un niño dormido, es casi toda la maternidad que la vida le permite.

Lo hace por él. Manda dinero para la escuela, para la ropa, para que no le falte nada de lo material. Y sin embargo, la carcome una culpa que ningún cheque alivia: la culpa de la madre presente que está ausente, del padre que provee pero no abraza. Una noche el niño le preguntó, medio dormido, por qué ella “nunca estaba”. Gloria se encerró en el baño a llorar para que no la oyera, y después salió, sonrió, y le dijo que pronto, muy pronto, iban a tener más tiempo. Lleva dos años diciendo “pronto”.

Este es uno de los costos más crueles y más callados de la migración: el precio que se paga en presencia. El inmigrante da su tiempo —el único bien que no se recupera— a cambio de un futuro que muchas veces disfrutarán otros. Trabaja tanto por sus hijos que se pierde a sus hijos. Y nadie le advirtió que el sueño venía con esa letra pequeña.

No tengo una solución fácil para Gloria. Sería una falta de respeto inventarle una. Lo que sí le dije, y le digo a todos los que viven así, es esto: cuida que el “pronto” no se vuelva “nunca”. Que la máquina de trabajar no te trague hasta el punto de olvidar para qué trabajabas. Que de vez en cuando, aunque sea una tarde, apagues el mundo y estés —de verdad, sin el teléfono, sin la prisa— con los que son la razón de todo. Porque el dinero alcanza para muchas cosas, pero no compra de vuelta una infancia que ya pasó. Gloria empezó, hace poco, a guardar los domingos en la tarde solo para su hijo. Es poco. Es un principio. Es no perderlo.

### 13. La que cuida a los que mueren

Delia acompaña a morir a desconocidos mientras los suyos envejecen sin ella.

Es cuidadora de ancianos. Llegó sabiendo poco más que limpiar, y la vida la fue puliendo hasta volverla experta en algo para lo que nadie estudia: estar presente cuando alguien se apaga. Ha sostenido la mano de viejos americanos en sus últimas horas, les ha cantado bajito en español aunque no entendieran las palabras, los ha limpiado con una ternura que sus propias familias, ocupadas y lejanas, no siempre tuvieron. Más de una familia le ha dicho, en el funeral, que Delia fue lo más parecido a una hija que su madre tuvo al final.

Lo dicen sin darse cuenta de la herida que abren. Porque Delia tiene una madre, allá, en su país, también envejeciendo, también necesitando una mano que la sostenga, y esa mano —la de su hija— está aquí, sosteniendo a las madres de otros. Delia cuida con devoción a ancianos ajenos y vive con el terror de que su propia madre muera sola, lejos, sin que ella llegue a tiempo.

“A veces, doctor”, me confesó, “limpio a una viejita y me imagino que es mi mamá, y le hago a ella lo que quisiera que alguien le hiciera a la mía.” En esa frase hay un amor tan grande y un dolor tan hondo que cuando la oí tuve que callarme un momento.

Esto también es trabajo inmigrante: no solo el del músculo, sino el del cuidado. Las manos que mecen a los bebés de este país, que bañan a sus ancianos, que velan a sus moribundos, muchas veces son manos extranjeras que dejaron a sus propios bebés, ancianos y moribundos al otro lado del mundo. Es un amor exportado. Una ternura que cruza fronteras en una sola dirección, dándose a quien la paga, mientras la familia de origen se conforma con una videollamada los domingos.

Delia sigue. Cuida, sostiene, acompaña. Y reza —ella sí reza— para que,

cuando le toque a su madre, haya en su pueblo una Delia que le haga a ella lo que ella les hace a las madres ajenas. Es lo único que puede hacer desde aquí: confiar en que la cadena del cuidado, de algún modo, también la abrace a los suyos.

## 14. El que no sabía que tenía derechos

Genaro trabajó tres meses sin que le pagaran completo, porque creía que un inmigrante no tiene derecho a quejarse.

Lo habían contratado para una obra. Un contratista pequeño, de esos que subcontratan a otros que subcontratan, hasta que ya nadie sabe bien quién le debe a quién. Le prometieron un pago por día. Genaro trabajó duro, como trabaja siempre, doce y catorce horas bajo el sol, cargando, mezclando, subiendo y bajando. Pero a la hora de pagar, las cuentas nunca cuadraban. “Esta semana anda flojo el dinero, te completo la próxima.” “El cliente no ha pagado, ten paciencia.” “Te descuento unas horas porque llegaste tarde un día.” Y Genaro, que necesitaba el trabajo como el aire, aguantaba. ¿Qué iba a hacer? Era inmigrante. No tenía papeles. Creía —porque alguien se lo había metido en la cabeza, porque conviene que se lo metan— que la gente como él no podía reclamar nada, que si abría la boca lo botaban o, peor, lo denunciaban.

Así le robaron, poco a poco, casi un mes entero de salario. No de golpe. Gota a gota, que es como se roba al que tiene miedo.

Genaro llegó a mí no por el dinero, sino por el cuerpo: dolores de cabeza, el estómago cerrado, una rabia muda que no lo dejaba dormir. Hablando, hablando, salió lo otro: que estaba siendo estafado y que se sentía impotente, humillado, atrapado. “Así es esto, doctor —me dijo, resignado—. El que viene de abajo tiene que aguantar. Uno no tiene derechos aquí.”

Y ahí lo tuve que parar. Porque eso es mentira. Una mentira útil para los que abusan, pero mentira al fin.

No soy abogado, y se lo dije, y a ti también te lo digo: lo que sigue no es asesoría legal, es lo que todo trabajador debería al menos sospechar. Y es que en este país, el derecho a que te paguen por las horas que trabajaste no depende de tus papeles. El trabajo hecho es trabajo hecho. Hay leyes que protegen el pago de los trabajadores, y existen oficinas y organizaciones —

algunas del gobierno, otras comunitarias, muchas gratuitas— que ayudan a reclamar salarios robados, sin que el estatus migratorio sea lo primero que pregunten. El miedo a reclamar es, muchas veces, la única herramienta que tiene el abusador. Te paga con miedo en lugar de pagarte con dinero, porque sabe que el miedo es gratis.

A Genaro le costó creerlo. Llevaba demasiado tiempo con la idea contraria metida hasta los huesos. Pero buscó. Encontró una organización de trabajadores en su ciudad —de esas que ayudan a los jornaleros, que las hay en muchos lugares— y ahí, por primera vez, alguien le dijo lo mismo que yo: que tenía derecho a lo suyo. No te voy a contar que recuperó hasta el último centavo, porque la realidad es más terca que los cuentos y a veces el que roba desaparece o se declara sin fondos. Pero recuperó parte. Y recuperó algo que valía más que el dinero: dejó de creer que era un ser humano de segunda categoría que debía dar gracias por las migajas.

Eso le cambió la postura. Literalmente: lo vi caminar distinto, con la cabeza más alta. Aprendió a poner por escrito las horas que trabajaba, a guardar mensajes, a preguntar las condiciones antes de empezar, a no dejarse pagar “la próxima”. Aprendió a decir, con respeto pero sin miedo, “yo trabajé, y lo trabajado se paga”. Y curiosamente, desde que perdió el miedo, los abusadores dejaron de buscarlo: el que abusa huele al que se deja, y huele también al que ya no.

Te cuento lo de Genaro porque sé que a muchos les han metido la misma mentira. Que el inmigrante tiene que aguantar. Que no tiene derecho a reclamar lo suyo. Que dar las gracias por las migajas es lo que toca. Y quiero decirte, sin meterme en asuntos legales que no me corresponden, una sola cosa que sí me corresponde como hombre y como médico que ha visto a demasiados enfermarse de humillación tragada: tu trabajo vale. Tu sudor vale. Y el miedo que te venden para no pagarte es, casi siempre, la única arma que tienen. Infórmate. Pregunta. Busca quién te oriente. Porque la dignidad no se mendiga: se ejerce. Y empieza el día que dejas de creer que mereces menos por venir de donde vienes.

## 15. La cosecha

Hay comida en tu mesa que pasó por las manos de alguien como Saúl, y tú nunca lo vas a saber.

Saúl pizca en el campo. Fresas, según la temporada; lechuga, tomate, lo que toque. Se levanta cuando todavía es de noche, sube a una camioneta apretado con otros, y llega a los surcos cuando el sol apenas despunta, para aprovechar las horas antes de que el calor se vuelva un horno. Trabaja agachado o de rodillas, hora tras hora, con los dedos volando entre las plantas, porque le pagan por lo que recoge y cada minuto de descanso es comida que no entra a su casa. Bajo un sol que en plena temporada aplasta. Con un calor que ha matado gente en esos campos, gente que se desplomó entre las matas y no se volvió a levantar.

Saúl me dijo una frase que no se me olvida: “Doctor, la gente come mi trabajo todos los días y no sabe ni que existo. Yo soy invisible. Pero la ensalada que se comen, esa la toqué yo.”

Tiene razón. Es invisible. El país entero se alimenta del trabajo de Saúl y de cientos de miles como él, y la mayoría de la gente que muerde una fresa jamás piensa en la espalda que se dobló para arrancarla. Es uno de los trabajos más duros que existen, de los peor pagados, de los menos reconocidos. Y lo hacen, casi siempre, manos inmigrantes. Manos como las de Saúl, que llegaron buscando una vida y encontraron, primero, los surcos.

El cuerpo de Saúl lleva la cuenta de cada cosecha. La espalda, que a los cuarenta años cruje como la de un viejo. Las rodillas, gastadas de tanto hincarse en la tierra. La piel de la cara y los brazos, curtida y manchada por años de sol sin tregua. Las manos, agrietadas, con los dedos que ya no cierran del todo. El campo paga poco y cobra caro: cobra en cuerpo, que es la única moneda que el jornalero tiene y la que va entregando, surco a surco, sin que nadie le devuelva el cambio.

Y sin embargo —ya sabes que en esta gente siempre hay un sin embargo—

Saúl no me habló con amargura. Me habló con una dignidad que me dejó callado. Porque Saúl no se avergüenza de su trabajo. Al contrario. “Yo alimento gente —me dijo—. Habrá trabajos más limpios, más fáciles, mejor pagados. Pero pocos tan necesarios como el mío. Si yo y los míos paramos un día, este país no desayuna. Eso me lo digo cuando me duele la espalda. Me digo: lo que tú haces, Saúl, sostiene mesas que ni conoces.”

Manda casi todo lo que gana a su familia. Sueña, como sueñan todos, con que sus hijos no tengan que pizcar. “Yo me rompo en el surco para que ellos estudien en un salón.” Y mientras tanto, aguanta. Aguanta el sol, el dolor, la invisibilidad, el desprecio del que lo mira por encima del hombro sin saber que se alimenta de sus manos.

Le di los consejos que un médico puede dar a un cuerpo que se está gastando: cuidar el agua, buscar la sombra cuando el calor mata, atender la espalda antes de que se rompa del todo, no callar las señales del cuerpo hasta que sea tarde. Consejos pequeños frente a un problema grande, lo sé. Pero también le dije algo que no era médico, que era humano. Le dije que su trabajo no lo hace menos: lo hace, en cierto modo, más necesario que muchos que ganan diez veces más en oficinas con aire acondicionado. Que el que alimenta a un pueblo hace un trabajo sagrado, aunque el pueblo no lo sepa ni lo agradezca.

Te cuento lo de Saúl por una razón sencilla. La próxima vez que comas una fresa, una lechuga, un tomate —cualquier cosa que crece en la tierra y llega a tu plato—, quiero que pienses, aunque sea un segundo, en las manos que la tocaron. Manos agrietadas, espaldas dobladas, rodillas gastadas en los surcos, gente invisible que se rompe el cuerpo bajo el sol para que tu mesa tenga de qué. No les debemos lástima. Les debemos algo más difícil y más justo: respeto, y memoria. Porque comemos su trabajo todos los días, y lo menos que podemos hacer es saber que existen.

## 16. El cuerpo que se rompió

Para el que trabaja con el cuerpo, hay un miedo que es peor que todos: el día que el cuerpo dice basta.

A Eulalio se le rompió la espalda un martes. No literalmente —no se partió en dos—, pero algo cedió mientras cargaba, un dolor que lo dobló y lo tiró al suelo y del que ya no se levantó igual. Eulalio había trabajado veinte años cargando: cajas, muebles, materiales, lo que hiciera falta mover. Su cuerpo era su herramienta, su capital, su único bien. No tenía estudios, no tenía oficina, no tenía un título. Tenía espalda y brazos y ganas. Y ese martes, la espalda —la que lo había sostenido a él y a su familia durante veinte años— dijo basta.

Lo que vino después fue, me dijo, peor que el dolor físico. Porque al dolor de la espalda se le sumó un terror que no lo dejaba respirar: *si no puedo cargar, ¿de qué vivo? ¿De qué viven los míos?* Para el que tiene el cuerpo como única herramienta, una lesión no es solo una lesión: es el derrumbe de todo. Eulalio se vio, de la noche a la mañana, sin poder hacer lo único que sabía hacer, con una familia que dependía de su espalda y una espalda que ya no respondía. Cayó en una desesperación oscura. “¿Para qué sirvo ahora? —pensaba—. Soy un estorbo. Un hombre que no puede cargar no sirve para nada.”

Esa idea —“no sirvo para nada”— es de las más peligrosas que existen, y a los hombres que se definieron toda la vida por su fuerza les llega con una facilidad terrible cuando la fuerza se va. Por eso, cuando Eulalio me la dijo, no la dejé pasar. Le hablé claro, de hombre a hombre y de médico a paciente. Le dije que un hombre no vale por lo que carga. Que su familia no lo necesitaba como una mula de carga, sino como padre, como esposo, como presencia: y eso no se le había roto en la espalda. Que el cuerpo se lesiona, sí, pero el valor de una persona no vive en su espalda. Y que si la cabeza se le iba a ese lugar oscuro de “no sirvo, mejor no estar”, tenía que decírmelo o decírselo a alguien, porque de ese pozo también se sale, pero

no solo.

Lo más urgente fue el cuerpo: atender la lesión en serio, no “aguantar como hombre” hasta destrozarse del todo, que es lo que muchos hacen por miedo a parar. Pero lo más hondo fue lo otro: ayudarlo a entender que su vida no se había acabado, que solo había cambiado de forma, y que tenía que reinventar el modo de sostener a los suyos sin la espalda que ya no daba.

Y Eulalio, despacio, lo hizo. No fue rápido ni fácil. Tuvo que tragarse el orgullo de no poder hacer lo de antes. Tuvo que aprender oficios nuevos que no dependieran de cargar: cosas con las manos finas, no con la fuerza bruta. Tuvo que aceptar ayuda, él que siempre fue el que ayudaba. Tuvo que dejar que, por un tiempo, otros en la casa también aportaran, lo cual para un hombre criado en la idea de que él solo debe proveer fue casi tan duro como la lesión misma. Pero lo hizo. Porque la alternativa era rendirse, y Eulalio, en el fondo, no era de los que se rinden; solo había olvidado, en el shock del derrumbe, que era capaz de levantarse de otra forma.

Hoy Eulalio ya no carga. Hace otra cosa, más liviana, que aprendió después de los cuarenta cuando creía que ya no podía aprender nada. Gana menos que antes, es verdad. Pero descubrió algo que la espalda sana nunca le había dejado ver: que sus hijos lo querían por estar, no por proveer; que su esposa prefería un marido presente y limitado a un marido roto de tanto cargar; que su valor, el de verdad, nunca había estado en los músculos. La lesión le quitó la fuerza, pero le devolvió, a la fuerza, una verdad que tenía olvidada: que era mucho más que una espalda.

Te cuento lo de Eulalio por si tú también trabajas con el cuerpo, que es como trabaja la mayoría de los nuestros. Cuídalo, porque es tu herramienta y no tienes repuesto. No “aguantes como hombre” las señales hasta destrozarte; atender una lesión a tiempo es de sabios, no de débiles. Y si algún día el cuerpo te dice basta —ojalá que no, pero la vida es la vida—, quiero que recuerdes esto: que no eres tu espalda, ni tus brazos, ni tu fuerza. Eres mucho más que eso. Tu gente no te necesita para cargar. Te necesita para

estar. Y eso, aunque el cuerpo se rompa, lo puedes seguir dando hasta el último día.

## **Interludio: el trabajo como oración y como trampa**

El inmigrante tiene con el trabajo una relación que pocos entienden. Para él, trabajar no es solo ganarse la vida: es rezar con el cuerpo. Cada hora extra es una ofrenda. Cada cheque enviado a casa, una forma de decir “los amo” a quienes no puede abrazar. El trabajo es dignidad, es propósito, es la prueba tangible de que el sacrificio sirvió para algo. En eso, el trabajo salva.

Pero el trabajo también puede ser una trampa. Lo he visto demasiadas veces: hombres y mujeres que empezaron trabajando para vivir y terminaron viviendo solo para trabajar. Que pusieron tantas horas, tantos turnos, tantos años, que cuando levantaron la cabeza ya los hijos habían crecido, el matrimonio se había enfriado, el cuerpo se había roto, y el “futuro” por el que tanto se sacrificaron había llegado sin ellos adentro.

La cultura de este país aplaude al que no para. “Si vienes aquí, es a triunfar, no a quedarte dormido”, me dijo una vez un hombre orgulloso de no haber tomado un día libre en años. Y yo, que respeto su esfuerzo, le pregunté con cariño: *¿y para quién estás construyendo todo esto, si nunca estás con ellos para disfrutarlo?*

Aquí va mi consejo de médico, gratis, para el que trabaja hasta caer: tu cuerpo no es una máquina, aunque lo trates como tal. Descansa, aunque te parezca un lujo: el descanso no es pereza, es mantenimiento. Estás con los tuyos de verdad, no solo en cuerpo. Y recuerda siempre la diferencia entre el medio y el fin: trabajas para vivir, no vives para trabajar. El día que olvidas eso, el trabajo deja de salvarte y empieza a comerte.

Dicho esto, hay algo hermoso al final de tanto esfuerzo. Porque estas manos cansadas, esta gente que se gastó entera, muchas veces logra lo impensable: no solo sobrevivir, sino reconstruir. Volver a ser. Florecer en la tierra que primero los rechazó. De eso trata la última parte, la más luminosa. De la reconstrucción.

## **PARTE IV — RECONSTRUCCIÓN**

### **Renacer en tierra ajena**

## 17. El carrito

El imperio de Doña Carmen empezó con una olla prestada.

Llegó sin nada, como todos. No sabía inglés, no tenía papeles, no tenía más capital que una receta —la de su abuela— y una terquedad heredada de generaciones de mujeres que nunca se rindieron. Empezó cocinando en la cocina de un cuarto rentado y vendiendo, de casa en casa, a otros paisanos que extrañaban el sabor de la tierra. Una olla. Un termo. Unos vasos desechables. Eso era todo el negocio.

Los primeros años fueron de pie en la calle, lloviera o tronara, con un carrito que ella misma empujaba. Hubo días de vender tres porciones y volver a casa con los pies hinchados y la moral por el suelo. Hubo quien la miró por encima del hombro, quien le dijo que eso no era trabajo serio, quien la reportó, quien la espantó. Ella siguió. Madrugó más. Mejoró la receta. Aprendió, palabra por palabra, el inglés que necesitaba para cobrar y para defenderse. Apuntó cada centavo en un cuaderno escolar.

Hoy Doña Carmen tiene un local. Pequeño, sí, pero suyo. Con su nombre afuera. Emplea a tres personas —dos de ellas, recién llegadas a las que les dio la oportunidad que nadie le dio a ella—. Sus hijos, que de niños la ayudaban a empacar antes de ir a la escuela, hoy llevan las cuentas y las redes sociales del negocio. La olla prestada que empezó todo la tiene guardada, limpia, en una repisa, como otros guardan un trofeo.

No es millonaria. No saldrá en las revistas. Pero hizo algo que pocos hacen: convirtió el hambre en oficio, el desprecio en motor, y una receta de abuela en el sustento de su familia y de otras. En este país, una porción enorme de los negocios nuevos los abren manos inmigrantes como las suyas —gente que, sin papeles, sin idioma y sin crédito, levantó de la nada lo que muchos con todo a favor no se atreven ni a intentar—.

El secreto, me dijo Doña Carmen una vez, limpiándose las manos en el delantal, no es la receta. “El secreto es no dejar de empujar el carrito el día

que nadie compra. Ese día decide todo.”

## 18. El primer graduado

David fue el primero de toda su familia, en cinco generaciones rastreables, en terminar una carrera universitaria.

Sus padres cruzaron sin estudios, trabajaron de sol a sol en oficios que les rompieron el cuerpo, y pusieron toda su apuesta —entera, sin plan B— en una sola cosa: que su hijo estudiara. Que las manos de David no terminaran como las de su padre. Lo empujaron, lo vigilaron, lo regañaron, le quitaron de la boca para pagarle libros, y cuando él quiso abandonar —porque también quiso abandonar, como todos— su madre le dijo, sin dramatismo, una frase que lo clavó a la silla: *“Hijo, yo limpié mil baños para que tú no tuvieras que limpiar ninguno. No me hagas eso.”*

El día de la graduación, los padres de David llegaron temprano, con la ropa más buena que tenían, que no era mucha. Se sentaron incómodos en aquel auditorio lleno de familias que se veían distintas a ellos. Y cuando dijeron el nombre de su hijo por el altavoz —su apellido, su humilde apellido de inmigrantes, resonando en aquel lugar solemne— el padre de David, un hombre que no había llorado ni en los entierros, se quebró. Lloró sin disimulo, de pie, aplaudiendo, mientras su esposa le apretaba la mano y reía y lloraba al mismo tiempo.

En ese aplauso había treinta años de sacrificio cobrando, por fin, su recompensa. Cada baño limpiado, cada viga cargada, cada turno doble, cada beso en la frente de un niño dormido, cada “pronto” que pareció mentira: todo eso estaba en ese aplauso. David no se graduó solo. Subió a ese escenario cargando, sobre los hombros, a dos personas que nunca pudieron subir a uno.

Esto es lo que casi nunca se ve cuando se habla de inmigración: que la cosecha, muchas veces, no la recoge el que sembró. Los padres siembran en una generación para que florezca en la siguiente. Se gastan ellos para que brillen sus hijos. Y consideran —esto es lo asombroso— que es un trato justo. Que vale la pena romperse uno para que el otro vuele.

David hoy trabaja en una oficina con aire acondicionado, con un título en la pared. Pero tiene, en su escritorio, una foto de las manos de su padre. Para no olvidar de qué barro lo sacaron. Para no olvidar el precio.

## 19. Reconstruirse a uno mismo

La reconstrucción más difícil no es la de la casa, ni la del negocio, ni la de la cuenta de banco. Es la de uno mismo.

Quiero terminar con la historia de alguien que conozco bien, porque se parece a la mía y quizás a la tuya. Un hombre que lo tenía todo en su país —profesión, respeto, identidad, un lugar claro en el mundo— y que al cruzar la frontera lo perdió de golpe. No solo perdió cosas: se perdió a sí mismo. Aquí no era “el doctor”, ni “el ingeniero”, ni “el maestro”, ni el hijo de fulano que todos conocían. Aquí era un desconocido con acento, un número, un currículum que nadie leía, una sombra de lo que fue.

Pasó por todas las etapas de este libro. El dolor de no ser nadie. La tentación de rendirse. La fe terca de seguir. El trabajo humillante que aceptó porque había que comer. Y durante un tiempo creyó que reconstruirse significaba volver a ser exactamente el que era antes —recuperar el título, el estatus, el aplauso—.

Hasta que entendió algo que le cambió la vida: que reconstruirse no es volver a ser el de antes. Es convertirse en alguien nuevo, forjado en el fuego de todo lo que perdió. Más humilde, porque conoció la humillación. Más fuerte, porque sobrevivió a lo que creyó que lo mataría. Más compasivo, porque ahora reconoce el dolor ajeno con solo mirar unos ojos cansados en una sala de espera. Más libre, porque el que ya perdió todo y siguió vivo descubre que el miedo a perder ya no lo manda.

Ese hombre dejó de llorar por el que fue y empezó a construir al que podía llegar a ser. Volvió a estudiar. Empezó a contar su historia para que otros no se sintieran solos en la suya. Convirtió su herida en oficio, su exilio en propósito, su dolor en algo útil para los demás. Y el día que lo entendió, dejó de ser una víctima de su historia para convertirse en el autor de lo que venía.

Te cuento esto porque quiero que sepas, dondequiera que estés en tu propio

camino, que esa reconstrucción está disponible para ti. No la de volver a ser el de antes —ese, déjalo descansar en paz, con cariño y con respeto—. La otra. La de convertirte en una versión tuya que solo nace del fuego. La que no habría sido posible sin el dolor. La que, mírala bien, ya estás empezando a construir con solo seguir vivo, seguir trabajando, seguir creyendo y seguir leyendo, hasta esta misma página.

## 20. Las llaves

El día que Maribel recibió las llaves de su casa, no pudo entrar.

Se quedó parada en la acera, con el llavero en la mano, mirando la puerta como se mira algo que no se termina de creer. Llevaba catorce años rentando. Catorce años de cuartos compartidos, de apartamentos con paredes de papel, de caseros que subían la renta sin avisar, de mudanzas a media noche, de vivir siempre en algo que era de otro, sabiendo que en cualquier momento le podían decir “se acabó, búsquese otro lado”. Catorce años durmiendo bajo techos prestados. Y ahora tenía, en la mano, las llaves de un techo que era suyo.

No era una mansión. Era una casa modesta, vieja, que necesitaba arreglos, en un barrio de trabajadores. Pero era suya. El nombre en los papeles era el de ella, Maribel, la que había llegado sin nada, la que había limpiado y cuidado y trabajado dos turnos durante catorce años juntando dólar sobre dólar. Por eso no podía entrar. Porque entrar significaba aceptar que era verdad, y la verdad era demasiado grande para el cuerpo de una sola persona.

Cuando por fin metió la llave y abrió la puerta, me contó, lo primero que hizo no fue mirar las paredes ni los cuartos. Lo primero que hizo fue sentarse en el piso vacío de la sala, sin muebles, sin nada, y llorar. Llorar todo lo que no había llorado en catorce años. Lloró por la muchacha que había llegado asustada sin hablar el idioma. Lloró por todas las rentas pagadas a caseros que la trataron como un número. Lloró por su madre, que no alcanzó a ver esto. Lloró de cansancio y de orgullo y de un alivio tan hondo que dolía. Y cuando terminó de llorar, se quitó los zapatos, sintió el piso frío bajo los pies descalzos, y dijo en voz alta, para que las paredes la oyeran: “Este piso es mío. Aquí nadie me va a sacar.”

Eso es lo que casi nadie entiende de lo que significa, para un inmigrante, comprar una casa. No es una transacción inmobiliaria. Es el final de una forma de existir. El que rentó toda la vida vive con una maleta en el alma,

siempre listo para que lo muevan, siempre en suelo ajeno. Comprar una casa es clavar, por fin, una estaca en la tierra y decir: *aquí. Aquí me quedo. Aquí echo raíz.* Para el que cruzó desarraigado, para el que lo dejó todo, plantar esa estaca es casi un acto sagrado. Es decirle al mundo, y decirse a uno mismo, que ya no se es un náufrago de paso, sino alguien que pertenece a un pedazo de tierra firme.

Maribel arregló la casa de a poco, como pudo, con sus manos y las de sus hijos los fines de semana. Pintó las paredes del color que le dio la gana, porque por primera vez en catorce años no tenía que pedir permiso. Sembró, en el pedacito de patio, las matas que le recordaban a su tierra. Colgó en la sala una foto de su madre, en el lugar de honor, para que la viera todos los días en la casa que ella había hecho posible sin saberlo. Y cada noche, antes de dormir, daba gracias —a Dios, a la vida, a su propia espalda— por el techo que ya nadie le iba a quitar.

Me dijo, con una sonrisa que le cambiaba la cara: “Doctor, la gente cree que lo más caro de la casa fue el dinero. No. Lo más caro fueron los catorce años. La casa la pagué con eso.”

Te cuento lo de Maribel porque sé que muchos de ustedes llevan años bajo techos prestados, pagando rentas que se llevan media vida, sintiendo que nunca van a tener nada propio en esta tierra. Quiero que sepan que se puede. No rápido, no fácil, no para todos al mismo tiempo, pero se puede. Que catorce años de sacrificio caben en un juego de llaves. Que el día que metas tu llave en tu puerta y te quites los zapatos y sientas tu piso bajo tus pies, vas a entender que cada renta pagada, cada turno doble, cada dólar guardado, valió. Porque habrás hecho lo más difícil que hace un desarraigado: volver a tener tierra firme bajo los pies.

Y desde la tierra firme, mi gente, se construye todo lo demás.

## 21. El reencuentro

Octavio esperó seis años para volver a abrazar a su hijo. Y cuando por fin lo tuvo enfrente, no lo reconoció.

Se había ido cuando el niño tenía cuatro años. Un niño de manos pequeñas que se le colgaba del cuello y no quería soltarlo el día de la despedida, que lloró en el aeropuerto —o en la terminal, o en la puerta de la casa— hasta quedarse dormido, y a quien Octavio prometió, con el corazón hecho pedazos, que volvería pronto. “Pronto”, dijo. Pasaron seis años. El “pronto” del inmigrante es el plazo más largo y más mentiroso del mundo, no por falta de amor sino por exceso de obstáculos: los papeles, el dinero, el riesgo del camino, la vida que se atravesaba.

Durante seis años, Octavio fue padre por pantalla. Vio a su hijo crecer en pedazos pixelados. Le mandó dinero, regalos, mensajes. Le cantó cumpleaños a distancia. Pero no lo tocó. No lo abrazó. No lo arropó ni una sola noche. Y mientras tanto trabajó como un animal, juntando para el día en que pudiera, por fin, traerlo o ir por él, juntar a la familia rota, cumplir el “pronto” que se había estirado seis años.

El día llegó. No importa aquí el cómo —cada familia encuentra su manera, unas más afortunadas que otras—. Lo que importa es el momento. Octavio fue a recibir a su hijo. Y cuando lo vio salir, se quedó congelado. Porque el niño de cuatro años que se le colgaba del cuello ya no existía. En su lugar había un muchacho de diez, alto, serio, con la cara de su hijo pero el cuerpo de un desconocido, que lo miró con una mezcla de timidez y de reproche, sin correr a abrazarlo. Octavio extendió los brazos. El niño no se movió. Seis años de distancia se habían parado entre los dos como un muro invisible.

“Doctor —me dijo Octavio, y se le quebró la voz—, yo soñé ese abrazo seis años. Y cuando llegó, mi hijo no quería abrazarme. Me miraba como a un extraño que mandaba dinero. Y tenía razón. Para él, yo era eso: un señor de la pantalla que un día apareció en persona.”

Ese es el lado que no se cuenta de la reunificación. Todos imaginan el reencuentro como en las películas: la carrera, el abrazo, las lágrimas de felicidad, el final feliz. Pero la realidad es más áspera. Seis años no se borran con un abrazo. El niño no conocía a su padre; lo quería, sí, pero como se quiere a una idea, no a una persona. Y había un reproche callado, el del niño que sintió que su padre lo dejó, que no entiende todavía que lo dejó precisamente para poder, un día, no dejarlo más. Volver a juntar lo que la distancia separó no es un instante: es un trabajo. Lento, paciente, a veces doloroso.

A Octavio le dije que no se desesperara por el abrazo que no llegó ese día. Que el amor entre un padre y un hijo separados por años no se reanuda con un encuentro: se reconstruye con presencia, día tras día, ladrillo a ladrillo, igual que todo lo demás en la vida de un inmigrante. Que tuviera paciencia con el muro, porque el muro lo había levantado la distancia, no el desamor, y que los muros de distancia se derriban estando. Que dejara de buscar al niño de cuatro años que se fue, porque ese ya no existía, y aprendiera a conocer al muchacho de diez que tenía enfrente, que era un hijo nuevo al que había que ganarse.

Y Octavio, que de tanto esperar había aprendido a ser paciente, lo hizo. No forzó abrazos. Estuvo. Lo llevó a la escuela, le ayudó con las tareas que no entendía, aprendió sus gustos nuevos, los juegos que le gustaban, las cosas que le daban miedo. Dejó que el muchacho lo conociera sin prisa. Y un día —tardó meses, me contó— pasó lo que tanto había esperado: el muchacho, ya en confianza, le pidió, una noche, que se quedara un rato más antes de apagar la luz. Y otra noche lo abrazó al despedirse, sin que él lo pidiera. Y otra, ya por fin, le dijo “papá” no como un título, sino como lo que es: el nombre de alguien que está.

Seis años de espera. Y después, meses más de espera todavía, los más difíciles, los de ganarse a un hijo que ya tenía. Pero Octavio lo logró. Hoy son padre e hijo de verdad, no de pantalla. Y Octavio guarda, como su tesoro más grande, el recuerdo de aquella primera noche en que el mucha-

cho le pidió que se quedara un rato más. “Ese —me dijo— fue el verdadero reencuentro. El del aeropuerto fue solo el principio.”

Te cuento lo de Octavio por si tú también andas juntando para ese día, o por si ya lo viviste y te dolió que no fuera como soñabas. Quiero que sepas que reunir a una familia partida por la distancia es posible, pero que el reencuentro de verdad no ocurre el día del abrazo: ocurre después, en los meses de reconstruir lo que los años separaron. Ten paciencia con ese muro. No lo levantó el desamor; lo levantó la distancia que tú cruzaste por ellos. Y como todo lo que has reconstruido en esta vida, también ese vínculo se vuelve a levantar, ladrillo a ladrillo, con lo único que de verdad junta a la gente: estar, y seguir estando, hasta que el “papá” vuelva a sonar como lo que siempre fue.

## 22. El sueño que quebró

De los negocios que florecen se habla mucho. De los que quiebran, nadie quiere hablar. Y por cada Doña Carmen que levantó un imperio con una olla prestada, hay un Rigoberto que lo perdió todo intentándolo. Esta es su historia, porque también es verdad, y porque la verdad completa incluye a los que no salieron en la foto del éxito.

Rigoberto ahorró ocho años para abrir su negocio. Un restaurante pequeño, de comida de su tierra, el sueño de toda su vida. Puso en él hasta el último centavo que había juntado limpiando y cocinando para otros. Pidió prestado lo que le faltaba. Trabajó en la apertura como un poseído, dieciocho horas diarias, convencido —como nos convencemos todos— de que el esfuerzo siempre paga, de que si uno trabaja bastante, el sueño se cumple. Le habían dicho toda la vida que en este país el que trabaja duro triunfa. Y Rigoberto trabajó durísimo.

El negocio quebró en catorce meses.

No fue por flojo. No fue por tonto. Fue por mil cosas que nadie le advirtió: el local estaba en mala zona, la renta lo ahogaba, los permisos costaron más de lo previsto, llegó un competidor más grande, vino un mal mes y luego otro, y las deudas, que al principio eran manejables, se volvieron una bola de nieve que lo aplastó. Rigoberto hizo todo lo que pudo y aun así perdió. Porque esa es la verdad que las historias de éxito esconden: que a veces uno hace todo bien y la cosa igual fracasa. Que el esfuerzo es necesario pero no siempre es suficiente. Que el mercado, la suerte, el momento, también mandan.

El día que cerró las puertas por última vez, Rigoberto se sentó en el local vacío, rodeado de las mesas que ya no servirían a nadie, y sintió que se moría. No solo había perdido el dinero de ocho años. Había perdido el sueño. Y, peor, había perdido la imagen de sí mismo: el hombre triunfador que iba a ser, el que les iba a demostrar a todos que lo había logrado. En su lugar quedaba un fracasado endeudado, que tendría que volver a trabajar

para otros, que tendría que decirles a los suyos que no había podido. La vergüenza lo aplastaba más que la deuda. “Doctor —me dijo, cuando llegó a mí hecho pedazos—, ¿de qué sirvió tanto sacrificio? Trabajé como un animal y lo perdí todo. Soy un fracaso.”

Esa palabra —“soy un fracaso”— es de las más peligrosas, porque confunde *fracasar en algo* con *ser un fracaso*, que no es lo mismo ni de lejos. Y a Rigoberto se le había metido hasta el alma. Por eso, antes que de deudas, hablamos de eso.

Le dije que su negocio había fracasado, sí, pero que él no era un fracaso. Que el fracaso es un evento, no una identidad. Que perder un negocio no borra ocho años de disciplina ahorrando, ni el valor de haberse atrevido a intentar lo que la mayoría ni intenta. Que la mitad de los negocios quiebran en sus primeros años —gente preparada, con estudios, con recursos, en su propio país y su propio idioma— y que él lo había intentado en tierra ajena, en su segundo idioma, partiendo de cero. Que eso no era de fracasados: era de valientes que perdieron una batalla. Y que el verdadero fracaso no es caer; es quedarse en el suelo creyendo que uno es el suelo.

Le costó oírlo. Cuando uno apostó todo y perdió, los discursos de ánimo suenan huecos. Pero Rigoberto, que ya había demostrado de qué estaba hecho con ocho años de ahorro, tenía esa terquedad sagrada de los nuestros. No se quedó en el suelo. Lloró su sueño quebrado —hay que llorar lo que se pierde, no hay vergüenza en eso—, y después, despacio, se levantó.

Volvió a trabajar para otros, tragándose el orgullo, para pagar las deudas. Le tomó tiempo, pero las pagó, una por una, con la misma disciplina con que había ahorrado. Y mientras tanto, sin él notarlo, algo se estaba cocinando: cada cosa que había aprendido en el negocio que quebró —los costos, los permisos, los errores, lo que no se debe hacer— se le iba quedando como un capital invisible, el único que no perdió. El que fracasa con los ojos abiertos sale con algo que el que nunca lo intentó jamás tendrá: experiencia comprada con sangre.

No te voy a inventar que Rigoberto abrió después un negocio enorme y triunfó. La vida real no siempre da revanchas de película. Lo que sí te puedo decir es lo que pasó: que pagó sus deudas, que recuperó la paz, que dejó de cargar la palabra “fracasado” como una lápida, y que hoy, más sabio y menos endeudado, vuelve a hacer cuentas de un sueño nuevo, esta vez con los ojos bien abiertos y las lecciones bien aprendidas. “Si lo intento otra vez —me dijo—, ya sé dónde me equivoqué. Y si no lo intento, también está bien. Aprendí que mi valor no estaba en el restaurante. Eso, doctor, no me lo quebró nadie.”

Te cuento lo de Rigoberto por si tú también lo intentaste y perdiste. Por si tu negocio quebró, tu sueño se cayó, tu apuesta salió mal, y andas cargando la palabra “fracasado” como si te definiera. Quiero decirte lo que a Rigoberto le costó tanto creer: que fracasar en algo no te hace un fracaso. Que el que se atreve a intentar ya es más valiente que el que solo critica desde la orilla. Que de los escombros de un sueño caído se construye, con el tiempo, otro más sabio. Y que tu valor, mi gente, nunca estuvo en el negocio, ni en el dinero, ni en el resultado. Está en la terquedad de levantarte. Esa no quiebra nunca.

### 23. La que envejeció lejos

Hay una soledad de la que casi nunca se habla: la del inmigrante que envejece en tierra ajena.

Herminia tiene setenta y ocho años y lleva treinta en este país. Vino de joven todavía, trabajó toda su vida —limpiando, cuidando, cosiendo, lo que cayera—, sacó adelante a sus hijos, y ahora, vieja, se encuentra con algo que nunca imaginó cuando cruzó: que envejecería lejos de todo lo suyo. Sus hijos, criados aquí, hicieron su vida americana; la quieren, la visitan, pero están ocupados, viven lejos, hablan el idioma de las visitas cortas. Sus hermanos, sus amigos de juventud, los suyos de verdad, quedaron del otro lado, y de a poco se han ido muriendo, uno tras otro, sin que ella pudiera ir a despedirlos. Cada llamada de allá, últimamente, trae una muerte.

Herminia se pasa los días en un apartamento pequeño, viendo televisión en un idioma que después de treinta años todavía no domina del todo, hablando sola, esperando una visita que llega cada tanto. Va a la iglesia, que es su único mundo social, su única familia disponible. Y por las noches, me confesó, la asalta una nostalgia tan grande que duele en el pecho: la nostalgia de su tierra, de su clima, de su comida, de la casa donde fue joven, de un mundo que ya no existe más que en su memoria, y al que sabe que nunca volverá, porque está vieja, porque está cansada, porque ya no tiene a quién volver allá.

“Doctor —me dijo, con una serenidad triste—, yo me vine para darles a mis hijos una vida mejor. Y se la di, gracias a Dios. Lo que nunca pensé es que me iba a tocar envejecer así, en un país que después de treinta años todavía siento ajeno, lejos de los míos, esperando que el teléfono suene. Crié hijos americanos. Y los americanos, doctor, no cuidan a los viejos como los cuidábamos nosotros allá. Aquí el viejo estorba.”

Esa frase me dolió, porque tiene una parte de verdad amarga. El inmigrante que envejece carga un duelo doble: el de su tierra perdida y el de un modelo de vejez que dejó atrás. Allá, en muchas de nuestras tierras, el viejo vive

rodeado de familia, en la casa de un hijo, cuidado, acompañado, útil. Aquí, muchas veces, el viejo vive solo, en su apartamento, esperando visitas, en una cultura que valora la independencia por encima de la compañía. Y el inmigrante anciano, que crió hijos en esa cultura nueva, a veces recoge esa cosecha: hijos que lo quieren a la manera de aquí, no a la manera de allá.

No le di una solución, porque para la vejez en tierra ajena no hay solución, solo hay acompañamiento. Pero le dije algunas verdades que la sostuvieron. Le dije que su soledad no era culpa suya ni falta de amor de sus hijos: era el precio, otro más, que paga el que cruza, y que ella no tenía por qué cargarlo en silencio. Le dije que buscara a los suyos —los viejos como ella, en la iglesia, en el barrio, en los grupos de paisanos—, porque la única medicina contra la soledad del anciano inmigrante es otra cosa que el inmigrante sabe hacer bien: hacer comunidad, hacer familia de los que no son sangre. Y le dije a sus hijos, cuando pude hablar con ellos, algo que los hijos criados aquí a veces necesitan oír: que su madre no necesitaba que le resolvieran la vida; necesitaba que la visitaran más, que la llamaran más, que no la dejaran envejecer esperando el teléfono.

Algo cambió. Los hijos empezaron a turnarse para verla más seguido. Herminia se acercó a un grupo de señoras de su edad en la iglesia, paisanas, con las que ahora comparte cafés, recuerdos, el consuelo de hablar su idioma y reírse de las mismas cosas. No le devolvió la juventud ni la tierra perdida; nada se la devuelve. Pero le aligeró la carga. Y un día me dijo, con una sonrisa cansada pero verdadera: “Sigo lejos de mi tierra, doctor. Pero ya no estoy tan sola. Y a esta edad, no estar sola es casi tan importante como estar en casa.”

Te cuento lo de Herminia por dos razones. La primera, por si tú estás envejeciendo así, lejos, esperando el teléfono: que sepas que tu soledad tiene explicación, que no es tu culpa, y que aún a tu edad puedes tejer una comunidad que te acompañe. La segunda, y quizá la más importante, por si tienes padres o abuelos inmigrantes que están envejeciendo. Visítalos. Llámalos. No los dejes envejecer solos en el país al que vinieron para darte

a ti una vida mejor. Ellos cruzaron, trabajaron y se rompieron por ti. Lo menos que merecen, en sus últimos años, es no tener que esperar junto a un teléfono que casi nunca suena. La deuda con los viejos que cruzaron no se paga con dinero. Se paga con presencia. Y se paga ahora, porque después, créeme, solo queda el arrepentimiento de no haberlo hecho.

## **PARTE V — RAÍCES Y REGRESO**

### **Ni de aquí ni de allá**

Hay un país que no aparece en ningún mapa. No tiene bandera, ni himno, ni embajada. Es el país donde viven los que se fueron: una tierra de en medio, suspendida entre la que dejaron y la que nunca terminó de adoptarlos del todo.

El inmigrante cree, al principio, que su drama es llegar. Después descubre que el verdadero drama es otro: que una vez que te vas, ya no perteneces completamente a ningún lado. Allá te dicen “el americano”. Aquí te dicen “el inmigrante”. Y tú, en el medio, cargando dos mitades que no terminan de hacer un entero.

Esta última parte es para esa frontera invisible. Para los que volvieron y no cupieron. Para los hijos que se avergonzaron de sus padres antes de entenderlos. Para los que lo lograron todo y se quedaron solos con su éxito. Y para los que, contra todo, encontraron la manera de hacer las paces con las dos orillas.

Porque reconstruirse, al final, no es solo levantar una casa o un negocio. Es aprender a vivir partido en dos sin romperse.

## 24. El que volvió esposado

A Reinaldo lo deportaron un jueves, después de veintiún años.

Veintiún años. El mismo tiempo que tarda un recién nacido en hacerse un hombre. Reinaldo había llegado joven, con la cabeza llena de pelo y de planes, y se fue —lo fueron— con las sienes blancas y las manos de quien ha trabajado cada uno de esos días sin descanso. En ese tiempo había levantado techos en media ciudad. Había pagado impuestos que nunca le devolvieron en derechos. Había enterrado a un amigo, casado a otro, y visto nacer a su hija, americana por nacimiento, en un hospital donde él esperó en el pasillo rezando en un español que las enfermeras no entendían.

Durante casi todos esos años creyó que ya no podían tocarlo. Tenía una orden vieja, sí, una de esas que cuelgan sobre la cabeza como una nube que nunca termina de llover. Cada cierto tiempo se presentaba, firmaba, lo dejaban ir. “Siga trabajando”, le decían. Y él seguía, porque era lo único que sabía hacer, y porque la nube parecía haberse quedado seca para siempre.

Hasta que dejó de estarlo.

Lo citaron para una firma de rutina. Llevó, como siempre, su carpeta de papeles ordenados —los impuestos, las cartas del pastor, las fotos de la niña— por si servían de algo. No sirvieron. Esta vez, del otro lado del escritorio, no le dijeron “siga trabajando”. Le dijeron que se quedara sentado. Y supo, por la forma en que dos hombres se acercaron por detrás, que la nube por fin se había roto.

Le permitieron una llamada. Llamó a su esposa. No le salieron las palabras; solo pudo decir su nombre dos veces, y después un silencio largo en el que ella, del otro lado, empezó a llorar sin que él tuviera que explicar nada. La niña —que ya no era niña, que tenía dieciséis y una vida entera en inglés— le preguntó después, cuando pudo hablarle, si podía ir con él. Reinaldo le dijo la frase más difícil que ha dicho un padre: que no, que ella no podía salir del país, que su lugar era aquí, que él la había traído al mundo precisamente

para que tuviera lo que él no tuvo. La niña le dijo que entonces no quería ese mundo. Y a Reinaldo se le partió algo que no le habían partido en veintiún años de techos bajo el sol.

Lo montaron en un avión con las muñecas sujetas. Cuenta que lo que más le dolió no fue el metal apretándole las manos, sino la vergüenza de bajar así, esposado, delante de otros que también bajaban con la cabeza gacha, como si haber trabajado dos décadas fuera un crimen del que ahora rendía cuentas. Cuando por fin le quitaron las esposas, ya en tierra, se frotó las muñecas y miró alrededor. No reconoció nada. El país que había dejado de joven ya no existía; en su lugar había otro, más viejo y más roto, que tampoco lo reconocía a él.

Lo dejaron, junto a otros, en una ciudad de paso que no era de nadie. Sin casa. Sin trabajo. Sin los papeles que en su tierra lo identificaran, porque hacía veintiún años que su vida estaba archivada en otro idioma, en otro país, en una carpeta que ya no le servía de nada. Durmió en un albergue lleno, comió lo que daban, y por las noches —me lo contó casi sin voz, en una de esas llamadas que cruzan el continente por aplicación— marcaba el número de su casa solo para oír respirar a su mujer al otro lado, aunque no se dijeran nada.

Aquí es donde la mayoría de las historias terminan. En el abandono. En el hombre sentado en una banca de una ciudad ajena, mirando el teléfono, calculando cuánto pesa una vida entera tirada a la basura por una firma.

Pero Reinaldo no es de los que se sientan en la banca a esperar.

A las pocas semanas ya había encontrado en qué emplear las manos —siempre las manos, lo único que nunca le quitaron— en una obra modesta de aquel lugar de paso. No por ambición. Por costumbre. Porque un hombre que ha trabajado veintiún años no sabe estar quieto ni en la desgracia. Con lo poco que juntaba, mandaba para que su hija no dejara los estudios. Y de noche, en vez de hundirse, hacía cuentas de otra cosa: de cómo volver.

No me malinterpretes. No te estoy contando una hazaña ni una receta. Volver a entrar a un país que te expulsó es jugarse la vida en una ruleta que casi siempre pierde, y yo, que crucé una selva, soy el último que va a romantizar un camino que se traga gente. No es eso lo que admiro de Reinaldo.

Lo que admiro es que, despojado de todo —del país, de la casa, de los veintiún años, hasta de la dignidad de bajar de un avión sin grilletes—, no se dejó despojar de lo último: la terquedad de seguir siendo padre. De seguir mandando. De seguir, a su manera rota, presente. La distancia le quitó el cuerpo, pero no le quitó el oficio de amar a su hija, y eso lo ejercía cada día, a tres mil kilómetros, con cada dólar y cada llamada.

La última vez que hablamos, no había vuelto. No sé si volverá; no sé si debe. Pero me dijo algo que no se me olvida. Me dijo: “Doctor, me quitaron el país donde construí mi vida. Pero a mi hija no me la quitan. Esa la construí yo, y esa sí es mía para siempre, viva donde viva.”

Veintiún años de techos. Y al final, la única estructura que de verdad importaba, la que nadie le pudo deportar, era esa muchacha que estudia en inglés del otro lado del mundo y que, cada noche, antes de dormir, le manda a su padre un mensaje de tres palabras que él lee como quien lee una escritura: *Aquí estoy, papá.*

## 25. La vergüenza

Esta historia no me la contó un inmigrante. Me la contó un hijo. Y por eso duele distinto.

Andrés —lo llamaré así— creció en este país. No cruzó nada; a él lo cruzaron, en brazos, cuando aún no tenía memoria. Su español es de cocina, suficiente para entender a su madre pero no para discutir con ella. Su inglés, en cambio, es perfecto, sin acento, el inglés de quien aprendió a leer en estas escuelas. Para todos los efectos, Andrés es de aquí. Y precisamente por eso, durante muchos años, se avergonzó de la mujer que lo trajo.

Su madre limpiaba casas. Salía antes del amanecer con dos cubetas y un bolso de productos, tomaba dos autobuses, y volvía de noche con las rodillas hinchadas y las manos oliendo a cloro. Hablaba un inglés roto, de tres palabras mal puestas, que a Andrés —de niño, de adolescente— le sonaba a humillación. Recuerda con una claridad que todavía le quema una tarde en que su madre fue a la escuela a una reunión de maestros. Se puso su mejor ropa, que era la ropa de los domingos, y aun así desentonaba entre las otras madres. Cuando intentó hablar con la maestra, las palabras le salieron torcidas, y la maestra le contestó despacio y fuerte, como se le habla a un niño o a un sordo. Andrés, de catorce años, sintió que la tierra debía tragárselo. Y en lugar de defender a su madre, hizo algo que cargaría como una piedra muchos años: fingió que no la conocía bien. Se quedó callado. Dejó que la humillaran y no dijo nada.

Esa noche, en casa, no le habló. Le molestaba su acento. Le molestaba el olor a cloro. Le molestaba la comida que no era la de sus amigos, la música que ponía los domingos, la forma en que decía mal los nombres de las cosas. Le molestaba, en el fondo, que su madre fuera la prueba viviente de que él venía de otro lugar, cuando lo único que él quería en el mundo era ser igual a los demás. Llegó a pedirle, una vez, que no fuera a recogerlo a la escuela. Que lo esperara en la esquina. Que no se bajara del carro.

Ella nunca le reclamó. Solo lo esperaba en la esquina.

Andrés creció, estudió, le fue bien. Consiguió un trabajo de oficina, de los que se hacen sentado y con aire acondicionado, de los que su madre solo había visto desde afuera, limpiándolos. Se compró ropa que no era de domingo. Aprendió a moverse en el mundo que tanto había querido. Y un día, ya de adulto, ya “llegado”, entendió de golpe lo que había hecho.

Fue una tontería la que se lo reveló. Estaba en su oficina, tarde, y entró la señora de la limpieza. Una mujer mayor, latina, con dos cubetas y un bolso de productos, que le pidió permiso en un inglés de tres palabras para vaciar su basurero. Andrés la miró. Y por primera vez en su vida no vio a “la señora de la limpieza”. Vio a su madre. Vio las rodillas hinchadas, los dos autobuses, el olor a cloro, los domingos. Vio todas las oficinas como esa que su madre había limpiado de noche para que él pudiera, un día, sentarse en una de día. Y entendió, con una claridad que lo dejó sin aire, que cada cosa que tenía —el escritorio, el título, el inglés perfecto, la ropa que no era de domingo— estaba construida, ladrillo por ladrillo, sobre las rodillas de la mujer de la que se había avergonzado.

Le dio las gracias a la señora de la limpieza. Ella lo miró extrañada, porque nadie le da las gracias. Y Andrés tuvo que ir al baño a llorar como no lloraba desde niño.

Esa noche manejó hasta la casa de su madre. La encontró igual que siempre: más vieja, más lenta, con las mismas manos. Le costó hablar. Los hijos que se avergonzaron no saben pedir perdón, porque pedir perdón es nombrar lo que hicieron. Pero lo hizo. Le dijo, en su español de cocina, torpe, que sentía mucho haberse avergonzado de ella. Que sentía lo de la esquina. Que sentía lo de la reunión, aquella tarde, cuando él tenía catorce años y la dejó sola frente a la maestra. Que todo lo que él era, se lo debía a ella.

Su madre lo escuchó. Y cuando él terminó, le dijo algo que solo dicen las madres que han limpiado casas a las cuatro de la mañana para que sus hijos no tengan que hacerlo. Le dijo: “Mijo, yo nunca me ofendí. Yo sabía que algún día ibas a entender. Una limpia los pisos para que el hijo no

los pise descalzo. Y si tú llegaste tan alto que te dio vergüenza de dónde venías, entonces yo hice bien mi trabajo. Esa vergüenza tuya, hijo, fue mi diploma.”

Andrés me buscó, tiempo después, no por su madre, sino por él. Cargaba una culpa que no lo dejaba dormir. Y yo, que he visto a tantos romperse por lo que perdieron, le dije lo único cierto que sé sobre esto: que la vergüenza que sintió de niño no lo hace mala persona; lo hace producto de un país que le enseñó, desde pequeño, que su origen era algo a esconder. Que él no traicionó a su madre; lo traicionó un mundo que le puso a elegir entre encajar y honrar a la suya. Y que el día que entró aquella señora a su oficina y él, por fin, vio a su madre en ella, dejó de ser un hijo avergonzado para convertirse en algo mucho más difícil y más valioso: un hijo que entendió.

Hoy Andrés recoge a su madre. La lleva a comer. La presenta —“mi mamá, que limpió casas veinte años para que yo pudiera estar aquí”— con una mezcla de orgullo y de penitencia. Aprendió a cocinar los platos que de niño le daban vergüenza. Pone, los domingos, la música que ella ponía. Y le está enseñando a su propia hija, que ni siquiera habla español, una sola frase, la que más le importa que no se pierda: *tu bisabuela limpiaba casas, y por eso tú puedes soñar.*

La vergüenza, a veces, es solo el amor que todavía no entendió de dónde viene.

## 26. El hombre que lo tenía todo

Hay una soledad que no se ve, porque viene vestida de éxito.

A Gustavo lo pondrían de ejemplo en cualquier charla motivacional. Llegó sin nada, como todos, y hoy tiene tres camiones, una cuadrilla de doce hombres, una casa con garaje para dos autos y una cuenta de banco que le permite no contar los centavos en el supermercado, que para el que viene de donde él viene es la definición misma de haberlo logrado. Cuando vuelve a su pueblo —las pocas veces que vuelve— lo reciben como a un héroe. “Mira a Gustavo, el que se fue sin nada.” Los jóvenes lo miran como se mira a quien lo consiguió. Y él sonríe, y paga la cuenta de todos, y reparte regalos, y representa el papel del que triunfó.

Lo que nadie ve es lo que pasa cuando se apaga la sonrisa.

Gustavo me llegó por el cuerpo, como llegan casi todos los hombres que no saben pedir ayuda por el alma. Venía por una presión que no bajaba, un dolor en el pecho que los estudios no explicaban, un insomnio que llevaba meses. Hablamos de su corazón, sí. Pero el corazón, a veces, es solo la puerta por la que sale lo que el hombre no se atreve a decir con palabras.

Le pregunté, casi de pasada, con quién vivía. Y ahí se rompió la postal.

Vivía solo. Su matrimonio se había deshecho años atrás, desgastado por los turnos, por los camiones, por la obsesión de no parar nunca, de mandar siempre más, de demostrar que el sacrificio había valido. Sus hijos habían crecido mientras él trabajaba; ahora eran adultos educados, exitosos a su manera, pero hablaban con su padre el idioma de las fechas importantes y poco más. “Son buenos muchachos”, me dijo. “Pero no me conocen. Yo estaba trabajando cuando había que conocerme.” Sus padres, allá, habían muerto los dos sin que él pudiera estar; mandó para los entierros, mandó flores, mandó todo lo que el dinero podía mandar, que es todo menos lo único que hacía falta: su presencia. Y sus amigos de juventud quedaron del otro lado del tiempo y del mar, congelados en una vida que él ya no

compartía.

Gustavo lo tenía todo. Y no tenía a nadie.

Me dijo una frase que resume la trampa más cruel de esta gente nuestra: “Doctor, yo me vine para darle una vida mejor a los míos. Y se la di. Lo que nadie me dijo es que, para dársela, los iba a perder a todos en el camino.” Había sacrificado la familia para mantener a la familia. Había cambiado presencia por provisión. Y un día se descubrió rico, sano de cuerpo, dueño de tres camiones, sentado solo en una casa grande, comiendo de pie en la cocina porque poner la mesa para uno dolía demasiado.

A esto los que saben le llaman la culpa del que sobrevive: esa sensación de no merecer el bienestar mientras otros, allá, siguen en la carencia. Gustavo nunca disfrutó un solo dólar sin un dejo de culpa. Cada lujo le sabía a traición. Trabajaba para no sentir, y mientras más trabajaba, más solo se quedaba, y mientras más solo se quedaba, más trabajaba. La rueda perfecta del náufrago que se ahoga en la orilla, con la casa llena y el alma vacía.

No le receté nada para eso, porque para eso no hay pastilla. Le dije la verdad, que es lo único que tengo. Le dije que el éxito que no se comparte no es éxito: es una forma elegante de exilio. Que de nada sirve construir un imperio si uno se queda a vivir solo en él. Y que todavía estaba a tiempo — porque mientras hay aliento hay tiempo— de hacer la única reconstrucción que le faltaba, la más difícil de todas: la de los vínculos que el trabajo le había ido carcomiendo sin que se diera cuenta.

Le costó. A los hombres como Gustavo, acostumbrados a resolverlo todo con esfuerzo y con dinero, les aterra lo único que no se resuelve ni con esfuerzo ni con dinero: sentarse, en silencio, frente a un hijo, y decir “perdóname, no estuve”. Pero lo hizo. Empezó por uno de sus hijos. Una llamada torpe, larga, llena de pausas. Después una cena. Después la costumbre de un café los domingos. No se arregla en un día lo que se rompió en veinte años, pero algo, despacio, empezó a destrabarse.

La última vez que lo vi, la presión le había bajado. No por las pastillas. Por las cenas de los domingos.

Te cuento la historia de Gustavo no para que le tengas lástima al rico —que de eso anda sobrado el mundo— sino porque quiero que la oigas si vas por ese camino. Si estás dejando la vida en el trabajo, mandando siempre más, posponiendo siempre a los tuyos para “cuando tenga”, para “cuando logre”, para “cuando pueda parar”. Quiero decirte lo que a Gustavo nadie le dijo a tiempo: que ese “cuando” no llega solo. Que los hijos crecen mientras trabajas. Que los padres se mueren mientras mandas. Que la casa grande, si la llenas solo de cosas, es la cárcel más cómoda que existe.

Provee, sí. Pero no desaparezcas. El dinero que mandas alimenta el cuerpo de los tuyos; tu presencia alimenta el alma, y de esa también se vive. No hay camión, ni casa, ni cuenta de banco que valga lo que vale un hijo que te conoce. Que el éxito no te cueste a la gente por la que lo buscabas. Sería el negocio más malo de tu vida.

## 27. Ni de aquí ni de allá

Marina ahorró nueve años para volver. Nueve años de no comprarse nada, de mandar casi todo, de soñar despierta con el día en que pisara otra vez su tierra, abrazara a su madre, caminara por las calles de su infancia y volviera a ser, por fin, ella misma, entera, en su lugar.

Volvió. Y descubrió que su lugar ya no existía.

No es que el pueblo hubiera cambiado tanto, aunque había cambiado. Es que la que volvía era otra. Marina se había ido siendo de allá y regresaba siendo, sin haberlo pedido, un poco de aquí. Lo notó en cosas pequeñas, que son las que más duelen porque no se pueden discutir. Notó que ya no entendía algunos chistes nuevos, las palabras que habían inventado los jóvenes mientras ella no estaba. Notó que pagaba de más sin regatear, porque se había acostumbrado a los precios fijos del norte. Notó que le molestaba la basura en la calle que antes ni veía, que se impacientaba con la lentitud que antes era su ritmo, que extrañaba —Dios, qué vergüenza sentía de extrañarlo— el orden y el silencio del país que la había tratado como extranjera.

Su madre se lo dijo sin maldad, que es como dicen las madres las verdades más filosas: “Hija, tú ya hablas raro. Tú ya no eres de aquí.” Y sus amigas de siempre la miraban con una mezcla de cariño y de distancia, como se mira a alguien que se fue a un lugar mejor y volvió a recordarles, sin querer, lo que ellas no tuvieron. La trataban distinto. La llamaban “la americana”. Le preguntaban por dólares y por el norte como quien pregunta por otro planeta. Y Marina, que había cruzado el mundo para volver a casa, se sintió, en su propia casa, más forastera que nunca.

Lo peor vino una tarde. Caminando por la plaza donde de niña jugaba, se descubrió a sí misma pensando, sin querer, “me quiero ir”. Y se horrorizó. ¿Irse? ¿De dónde? ¿De su tierra, de su gente, de su madre, de todo aquello por lo que había ahorrado nueve años? Pero la sensación estaba ahí, innegable: ya no se hallaba. No era de allá. Pero —y esto lo descubriría al

volver al norte— tampoco era del todo de aquí. En Estados Unidos siempre sería “la inmigrante”, la del acento, la que no nació. Y en su tierra ya era “la americana”, la que se fue, la que cambió.

Marina pertenecía, ahora, a ese país sin mapa del que te hablé al empezar esta parte. El país del medio. La tierra de nadie de los que se van.

Me lo contó con una tristeza distinta a las otras, una tristeza sin lágrimas, más parecida a la perplejidad. “Doctor, yo pensé que el sacrificio era irme. Nadie me dijo que el sacrificio de verdad era este: que ya no voy a ser completa en ningún lado. Que dejé de pertenecer.”

No le mentí, porque no es de los dolores que se curan con mentiras piadosas. Le dije que sí, que eso que sentía era real, que tiene hasta nombre entre los que estudian estas cosas, y que casi todos los que nos fuimos lo cargamos en algún rincón. Que el que emigra paga un precio que no aparece en ningún contrato: el de no volver a caber del todo en su molde original, porque la experiencia lo agrandó y lo deformó para siempre. Que es verdad que ya no es completamente de allá.

Pero también le dije la otra mitad, que es la que importa.

Le dije que no estar entera en ningún lado no es lo mismo que no pertenecer a ninguno. Que quizás su error era buscar una sola tierra que la contuviera, cuando su verdad ahora era más grande que cualquier tierra. Que ella ya no era de un lugar: era de dos. Que llevaba dentro el pueblo de su infancia y la ciudad de su lucha, la lengua de su madre y el idioma que aprendió a golpes, los precios que se regatean y los que se respetan. Que eso no la hacía menos de ningún sitio: la hacía más. Más ancha. Más honda. Dueña de un mapa propio que no le cabe a los que nunca se movieron.

“Tú no perteneces a la mitad de dos lugares, Marina”, le dije. “Tú perteneces al doble. La que no se movió nunca conoce un solo mundo. Tú conoces dos, y los llevas a los dos adentro. Eso no es un castigo. Es una riqueza que duele, como duelen todas las riquezas que se pagan caro.”

No sé si la convencí del todo. Estas heridas no cierran con un discurso. Pero algo le sirvió, porque me escribió meses después para decirme que había dejado de buscar dónde encajaba, y que en lugar de eso había empezado a construir su propio rincón, mitad de allá y mitad de aquí, en su casa, con la comida de su madre y la música de las dos tierras, y que a su hijo, nacido en el norte, le estaba enseñando a amar el pueblo de la abuela sin avergonzarse de la ciudad del padre.

“Ya no busco mi lugar, doctor”, me escribió. “Aprendí a ser yo mi propio lugar. Y resulta que en mí caben las dos orillas.”

## 28. La segunda orilla

Quiero cerrar esta parte —y casi este libro— no con quien se fue, sino con quien nació de los que se fueron. Porque el viaje del inmigrante no termina en él. Sigue, como un río, en los que vienen detrás.

Sofía tiene diecinueve años y nació aquí. Es, en todo lo que se ve, una muchacha americana: estudia en la universidad, piensa en inglés, sueña en inglés, discute con sus padres en un español que se le va gastando como una moneda de tanto no usarla. Su abuela —la madre de su madre— cruzó hace cuarenta años lo que otros cruzan hoy, y trabajó la tierra y las casas y lo que hizo falta para que su hija pudiera estudiar, y esa hija, la madre de Sofía, fue la primera de la familia en sentarse en una oficina. Tres generaciones. La que cruzó, la que estudió, y ahora Sofía: la que tiene el lujo, por primera vez en la sangre de su familia, de poder elegir quién quiere ser.

Y Sofía eligió algo que sorprendió a todos. Eligió volver. No al país —ella no tiene país que añorar, nació en este—. Volvió a las raíces.

Durante su adolescencia, como Andrés, Sofía se había alejado de todo lo que la marcaba como distinta. El español le daba pereza. Las costumbres de la abuela le parecían cosas de viejos. Quería ser, simplemente, igual a sus amigas, sin el peso de una historia que ella no había vivido. Pero pasó algo. En una clase de la universidad le pidieron escribir sobre su familia, y para hacerlo tuvo que sentarse, por primera vez en años, a preguntarle a su abuela de dónde venían.

La abuela le contó. Le contó de la tierra que dejó, del miedo, del hambre, del primer trabajo, de las noches llorando que nunca había contado a nadie. Le habló en ese español viejo y dulce que a Sofía de niña le daba pereza, y que ahora, de pronto, le sonó a tesoro. Y Sofía entendió que esa lengua que se le estaba gastando no era una molestia: era la última cuerda que la unía a una mujer que había cruzado el mundo para que ella pudiera, hoy, darse el lujo de despreciarla. Entendió que cuando muriera la abuela, si Sofía no rescataba esa lengua y esas historias, morirían con ella, y la familia entera

perdería la memoria de dónde venía. Que ella era la guardiana, sin haberlo pedido, de una orilla que nadie más quedaba para cuidar.

Así que Sofía hizo el viaje de regreso que su generación está empezando a hacer, y que es, quizá, el más esperanzador de todos: el viaje hacia atrás, hacia las raíces, no por obligación sino por amor. Volvió a estudiar el español en serio, ya no como tarea sino como herencia. Empezó a grabar a su abuela contando historias, “para que no se pierdan”. Aprendió a cocinar los platos de la familia. Y, lo más hermoso, empezó a sentirse orgullosa de lo que de niña la avergonzaba: de ser nieta de una mujer que cruzó, hija de una mujer que estudió, eslabón consciente de una cadena de sacrificio que la trajo hasta donde está.

Sofía me dijo una cosa que me dejó pensando, porque resume la única victoria definitiva del inmigrante: “Mi abuela cruzó para que mi mamá estudiara. Mi mamá estudió para que yo pudiera elegir. Y yo elegí volver a buscarlas a las dos. El círculo se cierra en mí.”

Ahí está, creo, el sentido último de todo este libro. El inmigrante no cruza solo por él. Cruza por una Sofía que todavía no existe, que nacerá libre del miedo que a él lo persiguió, y que un día —si hay suerte, si hay amor, si alguien le cuenta de dónde viene— volverá la mirada hacia la orilla de donde salió todo, y en lugar de avergonzarse, dirá gracias.

La primera generación cruza el mar. La segunda construye en tierra firme. Y la tercera, a veces, hace el viaje más valiente: el de regresar, con el corazón, a honrar la orilla que los demás dieron por perdida.

El sacrificio del que se fue no termina cuando muere. Termina —si termina— el día en que un nieto pronuncia, sin vergüenza y con amor, las palabras de la lengua vieja. Ese día, todo lo que se sufrió cobra, por fin, sentido.

## **Interludio: el país que llevamos dentro**

He querido cerrar con estas cinco voces porque son las que menos se cuentan.

De la travesía se habla. Del trabajo, a veces. Pero de esto —de la frontera invisible que el inmigrante carga adentro para siempre, del hijo que se avergüenza, del que triunfa y se queda solo, del que vuelve y ya no cabe, del nieto que rescata lo que casi se pierde— de esto casi nadie habla, porque no se ve. No deja cicatriz en la piel. La deja en el sentido de pertenencia, que es una herida más honda y más callada.

Si algo quiero que te lleves de esta parte es esto: que no estar entero en un solo lugar no es una maldición, aunque lo parezca. Los que nunca se movieron tienen una sola tierra, una sola lengua, un solo mundo. Tú, que te moviste —o tus padres, o tus abuelos— tienes dos, y los llevas adentro, peleándose y abrazándose a la vez. Eso duele, sí. Pero también es una forma de riqueza que el que nunca cruzó nada jamás conocerá.

El país sin mapa donde viven los que se fueron no es un destierro. Es una patria nueva, hecha de retazos de las dos orillas, que cada uno construye dentro de sí. Y la única manera de no morir de nostalgia en esa patria del medio es la que descubrieron Marina, y Andrés, y Sofía: dejar de buscar dónde encajamos, y empezar a ser, nosotros mismos, el lugar donde caben todas nuestras mitades.

No eres de aquí. No eres de allá. Eres de algo nuevo que estás inventando con tu propia vida. Y eso, lejos de ser una pérdida, es lo más parecido que conozco a una segunda creación.

## **Epílogo: la respuesta a la pregunta**

Empecé este libro con una pregunta que el inmigrante aprende a no hacerse en voz alta: *¿valió la pena?*

Después de todas estas historias, me atrevo, por fin, a responderla. Y la respuesta es incómoda, porque es doble.

¿Valió la pena el dolor? No. El dolor nunca vale la pena. La selva no debió tragarse a nadie. Joaquín debió poder enterrar a su padre. Gloria debió poder ver crecer a su hijo. Ningún ser humano debería tener que romperse de esa manera para tener derecho a una vida digna. Que quede claro: el sufrimiento del inmigrante no es noble ni hermoso ni necesario. Es injusto. Y honrarlo no significa celebrarlo.

Y sin embargo —porque siempre hay un *sin embargo* en esta gente, ya lo sabes— de ese dolor injusto brotó algo que sí vale la pena: ellos. Las personas en que se convirtieron. La fe que descubrieron que tenían. La fuerza que no sabían que había en un cuerpo cansado. Los hijos que volaron sobre sus hombros rotos. La capacidad de mirar a otro náufrago y tenderle la mano, porque conocen el agua.

No valió la pena el sufrimiento. Valió la pena la gente. Esa es la única respuesta honesta que tengo.

Y no solo la gente que se quedó a este lado. También los que volvieron esposados y siguieron siendo padres a tres mil kilómetros de distancia. Los hijos que se avergonzaron de una madre que limpiaba casas y un día, por fin, la honraron. Los que lo tuvieron todo y descubrieron, a tiempo, que un imperio sin gente adentro es solo una jaula cómoda. Los que regresaron a su tierra, no cupieron ya en ella, y aprendieron a ser ellos mismos su propio lugar. Y los nietos —Dios bendiga a los nietos— que vuelven la mirada hacia la orilla de donde salió todo y, en lugar de avergonzarse, dicen gracias. Porque el viaje del que se fue no termina en él: sigue, como un río, en los que vienen detrás, y solo se completa el día en que alguien de su sangre

pronuncia, sin vergüenza y con amor, las palabras de la lengua vieja.

A ti, que llegaste hasta aquí: si eres inmigrante, quiero que cierres este libro sabiendo que tu historia —por dura que sea, por incompleta que se sienta— es una de estas. Que no estás solo, que tu dolor tiene nombre y tu fuerza tiene testigos. Que reconstruirse es posible, y que ya empezaste. Y si no eres inmigrante pero amas a uno, o trabajas junto a uno, o simplemente te cruzas con uno limpiando, cargando, cuidando, cocinando: míralo distinto a partir de hoy. Detrás de cada uno hay una selva cruzada, un entierro perdido, una promesa cumplida, un carrito empujado el día que nadie compraba.

A los míos —los exiliados, los que dejamos una patria que nos dolió y que aún amamos— les dejo, como siempre, lo único que tengo: la esperanza. Perdieron un médico, sí, pero la patria ganó un patriota. Y yo, como Ramón con su planta de contrabando, sigo regando la fe de que volveré el día que mi tierra sea libre.

Mientras ese día llega, seguimos haciendo lo que mejor sabe hacer nuestra gente: levantarnos. Otra vez. Y otra. Y otra. Hasta reconstruirlo todo, incluidos nosotros mismos.

Gracias por leer. Gracias por resistir. Gracias por existir.

*Dr. Alexander Jesús Figueredo Izaguirre · RP #108356*

## Una nota sobre el dolor y la ayuda

Si en alguna de estas páginas te reconociste en el lugar oscuro —si has sentido que no puedes más, que el mundo estaría mejor sin ti, o que el peso que cargas te supera— por favor, no te quedes solo con eso. Ese pensamiento es mentira del dolor, no es la verdad de tu vida, y se puede aliviar. Hablar salva. Pedir ayuda es de valientes, no de débiles.

Estos recursos están disponibles en Estados Unidos, en español, y la mayoría son gratuitos:

- **988 — Línea de Prevención del Suicidio y Crisis.** Marca o envía un mensaje de texto al **988** desde cualquier teléfono en EE.UU., a cualquier hora del día o de la noche. Hay atención en español. Si prefieres español, puedes indicarlo al comunicarte.
- **Línea de Ayuda Nacional de SAMHSA: 1-800-662-HELP (1-800-662-4357).** Atención gratuita y confidencial, 24 horas, los 365 días, en inglés y español, para problemas de salud emocional o de consumo de sustancias. Te orientan y te conectan con servicios y tratamiento cerca de ti.
- **Clínicas comunitarias de salud (Community Health Centers / FQHC).** Ofrecen atención médica y, muchas veces, de salud mental a bajo costo o según tus ingresos, **sin importar tu estatus migratorio ni si tienes seguro.** Busca “community health center” o “clínica comunitaria” en tu ciudad.
- **Tu comunidad.** Una iglesia, un centro de paisanos, una organización de ayuda al inmigrante. No subestimes el poder de no estar solo.

No tienes que estar en crisis extrema para buscar ayuda. Si vienes cargando tristeza, insomnio, angustia o ese cansancio del alma del que habla este libro, mereces apoyo igual. Cuidarte no es un lujo: es parte de reconstruirte.

## **Sobre el autor**

**Dr. Alexander Jesús Figueredo Izaguirre** es médico de formación (Medicina General Integral y residencia en Urología), graduado y formado en Cuba, donde ejerció antes de denunciar públicamente las carencias del sistema de salud. Por ello fue expulsado del sistema sanitario cubano en 2021. En 2022 salió de Cuba por una ruta de varios países que incluyó el cruce de la selva del Darién, y se estableció en Houston, Texas.

No escribe estas historias desde la teoría. Las escribe desde la experiencia de quien cruzó lo que aquí se narra y reconstruyó su vida desde cero en tierra ajena. Es autor de *Sobreviviendo al caos: La Cuba paralela* y de la *Biblioteca Latina de Supervivencia en EE.UU.*, una colección dedicada a acompañar al inmigrante hispanohablante con información honesta y útil.

Su voz pública se resume en una frase que lo define: “*Perdieron un médico pero ganaron un patriota.*” Y en una promesa: “*Volveré el día que seas libre, Cuba.*”

*Nota: el autor es médico formado en Cuba. Esta obra es de carácter testimonial y educativo y no constituye asesoría médica, psicológica, legal ni migratoria.*

---

## **Otros títulos de la Biblioteca Latina de Supervivencia en EE.UU.**

Si este libro te movió algo por dentro, estos títulos te acompañan en el camino práctico de reconstruir tu vida:

- *Cómo Funciona el Crédito en EE.UU.*
- *Rentar Casa o Apartamento con Mal Crédito.*
- *Cómo Funcionan los Staffing Agencies.*
- *Primeros Pasos para Estudiar Enfermería en EE.UU.*
- *Manual Emocional del Exiliado.*

*Busca al autor en Amazon para conocer el catálogo completo.*

---

*Contenido testimonial y educativo. Los relatos están basados en realidades documentadas de la experiencia migratoria; los nombres y detalles identificativos fueron modificados o combinados para proteger la identidad de las personas. No constituye asesoría médica, psicológica, legal ni migratoria. Si atraviesas una crisis emocional, consulta los recursos de la sección “Una nota sobre el dolor y la ayuda” o acude a un profesional.*

**FIN**